

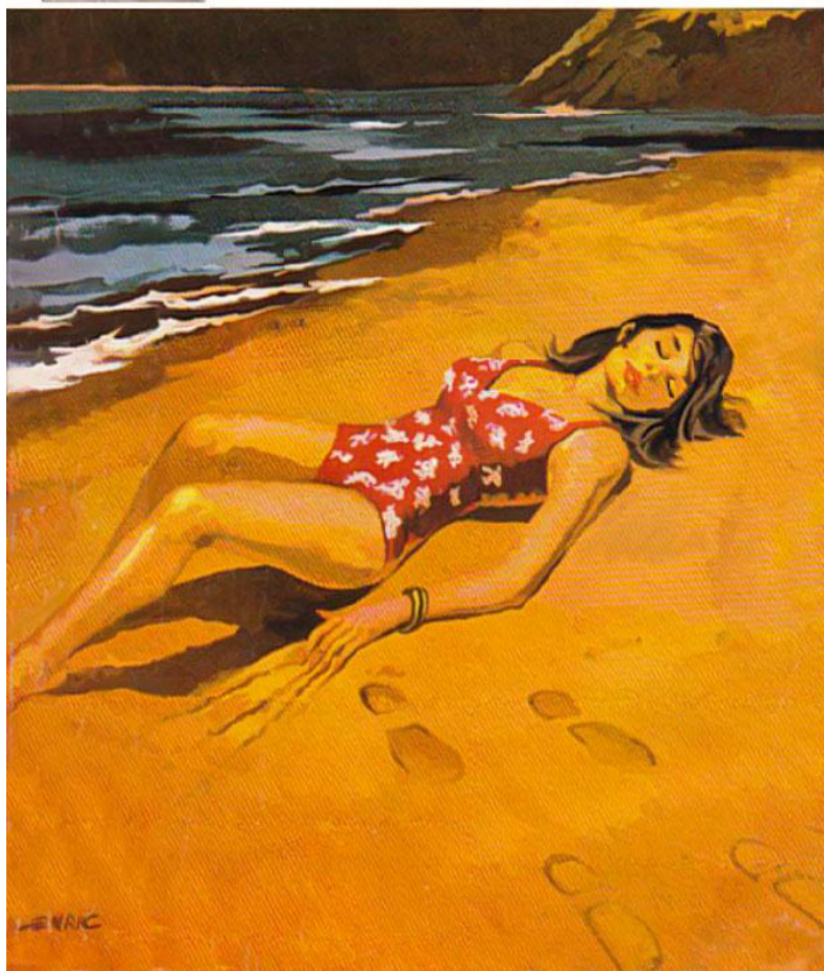
BOULEVARD BRUQUERA

PUNTO

ROJO

el secreto del coral azul

burlon hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

EL SECRETO DEL CORAL AZUL

Colección **PUNTO ROJO** n.º 529

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Dépósito legal: B 16.867 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1972

© BURTON HARE, 1972
sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.118. — Sangre en Venecia.

En Colección PUNTO ROJO:

526. — Hermanos... de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

El bar del aeropuerto estaba lleno cuando Jim entró, acompañado por su viejo amigo Helman.

En la barra, ambos pidieron *whisky* y Helman Curtis dijo:

—Pórtate bien, viejo. He oído decir que el Caribe, en esta época, es el lugar del mundo con mayor concentración de mujeres en bikini por milla cuadrada.

—¿Olvidas que voy convaleciente? —rió Jim Dawson—. Todo lo que busco es descanso.

—Hay quien le llama otra cosa a eso.

—En serio. El doctor me dejó salir del hospital con la única condición de que aceptara el permiso y me largara lejos de aquí.

—De cualquier modo, espero que si hay algo noticiable me mandes un telegrama. Andamos escasos de noticias, ya lo sabes.

—Eso será desde que me retiraron de la circulación —rió Jim.

—Bueno, tú le diste animación a la cosa. ¿De veras te sientes bien?

—Débil, creo.

—Con dos plomos en el cuerpo otros estarían bajo una lápida, así que no te quejes. A ti únicamente te han provocado dos semanas de vacaciones en el Caribe.

Un avión rugió sobre el tejado. Otro estaba maniobrando en la pista y el chillido de sus reactores penetraba incluso dentro del insonorizado local.

—Recuerda, viejo; si surge algo bueno, avísame.

—Bueno, suponiendo que surgiera, ¿por qué no habría de aprovecharlo yo mismo?

—Porque estás de vacaciones, maldito sea.

—Conforme. Te cederé la exclusiva...

Apuraron sus bebidas. Jim hizo una seña al mozo para que volviera a llenarlas y en ese momento por los altavoces anunciaron

su vuelo.

—He de darme prisa —gruñó—, estos pájaros no esperan.

Se estrecharon las manos después de beber. Helman caminó a su lado hasta la enorme cristalera y una vez allí le siguió con la mirada mientras su compañero y los demás pasajeros del gran pájaro de acero recorrían la alfombra roja, bajo la marquesina multicolor, hasta la escalerilla del avión.

Helman Curtis se encaminó al mirador para presenciar el despegue del «Boeing». Lo siguió con la mirada mientras se desplazaba perezosamente buscando la cabecera de la pista, y después, cuando, con un tremendo rugido, se lanzó hacia delante, elevó el morro, y se elevó zumbando hacia un cielo inmensamente azul y limpio.

El avión giró allá arriba, describiendo un grácil arco.

Una voz acariciante anunció por los altavoces que podían fumar y librarse de los cinturones de seguridad. Las azafatas empezaron a moverse y su incitante contoneo por los pasillos alegró la vista de los pasajeros.

Jim Dawson se recostó en el asiento. Estaba junto a una ventana y dio un vistazo al mar extendido allá abajo.

Un barco parecía inmóvil en aquella inmensidad. Era un carguero sin duda y pronto lo perdió de vista.

Cerró los ojos y trató de formarse una idea de cómo organizar sus vacaciones en la isla. Le habían hablado de ella encomiásticamente, de sus expediciones de pesca de sus mujeres, del ron delicioso y de la música, cálida y sensual...

Ojalá fuera un lugar tan tranquilo como necesitaba.

Era cierto que se sentía débil, cansado. Le habían extraído los dos plomos durante una operación quirúrgica que duró casi tres horas. Una de las balas estuvo alojada muy cerca del corazón y esta parte del pecho era la que más le dolían aún, cuando realizaba cualquier movimiento brusco.

Bueno, pero estaba vivo y eso era lo importante.

Sonrió para sí.

Realmente, estar vivo era sumamente importante...

Al descender del tilburí tirado por un caballo que le había traído desde el aeropuerto, Jim Dawson vio una serie de pequeñas villas diseminadas por toda la colina. Un gran rótulo sobre el tejado del

edificio de la administración decía a todo aquel que quisiera leerlo que se encontraba nada más y nada menos que en el «Albergue del Paraíso».

El cochero bajó la maleta de Dawson en el momento en que una mujer aparecía en la puerta de la oficina. Era alta, bien formada, y hubiera podido resultar incluso atractiva de no mediar el severo vestido holgado con que se cubría.

Jim le dio un vistazo. El vestido disimulaba las líneas de su cuerpo convirtiéndolas en una incógnita. Pero las piernas eran largas y exquisitamente moldeadas, lo que creaba un incitante misterio en relación con el resto de su anatomía.

Tenía un cuello grácil que sostenía una cabeza severa orlada de negro cabellos. Sus ojos fulgurantes eran también negros y examinaban al recién llegado como si intentase valorarlo.

—¿El señor Dawson? —dijo, avanzando—. Recibimos su reserva y está todo a punto para recibirle... ¿Ha tenido buen viaje?

—Excelente.

—Soy la señora Fields, administradora del albergue.

Estrechó su mano. Sus dedos eran largos, flexibles, pero firmes.

Jim se fijó en sus labios sin maquillaje alguno y pensó que en aquella mujer debía haber mucho de cálculo o de frustración.

Volviéndose hacia el empleado, la mujer ordenó:

—Lleve el equipaje al número veintidós, Mario.

Jim extendió la mirada por el verde césped, hacia la vegetación tropical que al fondo cerraba el paisaje, dejando ver solamente en la lejanía las crestas de las montañas. Después, volviéndose, contempló el mar allá abajo. Una superficie quieta, sobre la que el sol arrancaba dorados reflejos.

—Es justamente el lugar que soñaba encontrar —comentó, satisfecho.

—Por su carta, entiendo que ha venido usted en plan de reposo, señor Dawson...

—Ciertamente. Convaleciente más bien.

—Elija el sitio más adecuado —sonrió la mujer.

De nuevo, a él se le antojó de una gran belleza, pero una belleza oculta, celosamente guardada.

—Le llevaré a su alojamiento ahora. Habrá tiempo sobrado para conocernos mejor...

La pequeña villa se componía de una salita confortable y acogedora, un dormitorio espacioso con un lujoso baño anexo, y una cocina impecable y brillante, como si nunca hubiera sido utilizada.

El hombre llamado Mario dejó la maleta y se fue sin una palabra, como si tuviera mucha prisa.

La señora Fields dio un vistazo a todo el apartamento para asegurarse de que estaba en orden y después murmuró:

—Le dejaré que se instale, señor Dawson. Después, si le apetece, le agradeceré que tome el té conmigo...

El hizo una mueca. Detestaba el té.

—Gracias —dijo—, lo recordaré, pero de cualquier modo no me espere. Quizá descanse un poco ahora.

Ella le sonrió y se fue.

Jim abrió la maleta y ordenó sus cosas en el armario y el baño. Después, tendiéndose en la cama, fumó un par de cigarrillos completamente relajado.

Por el ventanal abierto penetraba una brisa caliente y perfumada. A lo lejos, apagadas por la distancia, se oían las bocinas de los coches, apenas audibles.

Se durmió sin darse cuenta, y cuando volvió a abrir los ojos había cerrado la noche.

Se incorporó sobresaltado. No tenía idea de que fuera tan tarde.

Al asomarse a la ventana contempló una luna enorme y blanca que bañaba la isla con una luz clara y lechosa. Afuera, la vegetación del jardín rumoreaba en medio de la brisa.

Un pájaro exótico dejó oír un ronco canto que se interrumpió bruscamente, para reanudarse después a intervalos.

Un perro, en alguna parte, ladró.

Por lo demás, hubiera podido encontrarse en un mundo virgen, lleno de silencio y de paz.

Era lo que había ansiado encontrar para reponerse cuanto antes.

Después de arreglarse, salió de la casita y anduvo hacia la administración.

Había un pequeño comedor en el que algunos huéspedes habían cenado hacía tiempo y hablaban ahora animadamente.

La señora Fields acudió a su encuentro.

—Pensé que se había ido a la ciudad, señor Dawson...

—Me dormí como un tonto. ¿Es tarde para la cena?

—Normalmente sí, pero tratándose de su primera noche aquí lo arreglaré. ¿Le parece bien esta mesa?

Cenó frugalmente. Notaba algunas miradas llenas de curiosidad fijas en él. Luego, cuando estaba saboreando un café fuerte y negro, quedó solo en el comedor.

La administradora acudió junto a él cuando se levantó.

—Creo que iré a dar una vuelta por la población —dijo Jim sin mucho entusiasmo—. ¿Hay algún lugar particularmente interesante?

Ella hizo una mueca.

—La vida nocturna de la isla no es mi fuerte, señor Dawson. Pero puedo decirle que hay infinidad de lugares donde los turistas suelen divertirse...

—Imagino que se refiere a los *cabarets* adulterados a donde los turistas suelen ir en rebaños, ¿eh? Eso no me interesa.

Ella esbozó un leve encogimiento de hombros.

—Estoy segura que hallará usted dónde divertirse..., pero me permito aconsejarle que no se acerque usted a los muelles ni a los barrios donde viven los negros y nativos. De noche son peligrosos.

—¿No será una simple leyenda local para valorizar el turismo nocturno?

Por un instante pensó que ella iba a estallar. Le sonrió.

Anduvo por el paseo, un tanto sorprendido al observar la circulación por la izquierda, típicamente inglesa. Las palmeras se mecían suavemente y el aire cálido susurraba entre el follaje de la vegetación.

Se extravió en las retorcidas callejuelas por las que acabó internándose. Cuando se dio cuenta estaba paseando junto a los malecones del muelle.

Vio ante sí multitud de embarcaciones de pesca deportiva. Las luces de situación se reflejaban en el agua quieta y todo era silencio.

Encendió un cigarrillo. Siguió adelante, hasta donde empezaban los muelles comerciales. Un buque de carga se mecía y sus amarras chirriaban en la noche.

Torció a la izquierda, buscando el centro de la población. Se cruzó con un par de negros borrachos que cantaban

desaforadamente.

Después vio un policía nativo plantado en una esquina, con su uniforme de color claro y la rígida gorra con visera. El policía no le prestó atención alguna.

Diez minutos más tarde desembocó en una pequeña plazoleta. A todo alrededor, las casas tenían un porche sostenido por columnas. En el centro susurraba una pequeña fuente. De cada esquina salía una calleja oscura y silenciosa.

En aquel instante, mientras Jim encendía un cigarrillo, oyó el quejido.

Fue un lamento apagado, súbito y terrible, que murió en medio de un vivo parloteo de voces excitadas. Luego, un golpe y después el sonido de pies alejándose precipitadamente.

Jim titubeó unos instantes. Al fin, acuciado por su insaciable curiosidad profesional, corrió hacia el callejón más próximo.

Estaba muy oscuro y se detuvo en la entrada.

—¿Quién hay aquí? —Gruñó en voz alta.

Le respondió un jadeo apenas perceptible. Avanzó tanteando las rugosas paredes de las casas hasta que sus pies tropezaron con el cuerpo de un hombre. De nuevo el caído dejó oír su bronca respiración.

Jim encendió una cerilla y se agachó.

Por poco no se cayó de espaldas al ver la enorme cantidad de sangre que saltaba a borbotones de las tremendas heridas del hombre.

Éste era un mestizo de piel oscura. Le habían acuchillado repetidamente y era un milagro que aún siguiera vivo.

—¡Calma! —murmuró Jim—. Traeré ayuda...

—¡No, no...!

—No puedo trasladarlo yo sólo a un hospital...

—¡No..., usted... usted...!

—Soy extranjero, americano. Le ayudaré.

—Busque al capitán...

—¿Capitán?

—¡Gage!

—¿Ese capitán se llama Gage?

—Buck Gage... van a matarlo...

La voz era apenas un murmullo bronco y burbujeante. La sangre

se desbordaba de su boca.

—Soy forastero aquí. Haré que la policía lo busque y le proteja, pero hemos de ocuparnos de usted...

—¡No, la policía no! Solo..., sólo avísele... ¡La po... licia no...!
Se estremeció y quedó inmóvil.

Jim se irguió, estupefacto. Si había algo que no quería, era verse envuelto en líos de ninguna clase. Todo lo que ansiaba era descanso y paz.

Y ahí estaba, con un cadáver apuñalado y sangrante...

Como si no se hubiera movido de Los Ángeles.

CAPÍTULO II

El policía se levantó sosteniendo la linterna eléctrica entre las manos.

—No cabe duda que hubo un herido aquí —dijo—, pero ya no está, señor Dawson.

Jim contempló la sangre en los adoquines.

—Nada de herido —gruñó—. El tipo estaba bien muerto cuando yo fui en su busca. No pudo marcharse por su propio pie.

—Será mejor que explique todo esto al sargento de guardia. Aquí no podemos hacer nada más.

—Como usted quiera. Pero le repito que el tipo estaba muerto.

—Claro, claro —murmuró el policía con tono condescendiente.

La comisaría del distrito estaba cerca del muelle. El sargento resultó ser un inglés bajito y flemático, de ojos vivos y un bigote recortado que le daba un aspecto cómico.

—Siéntese, señor Dawson... ¿Sería tan amable de mostrarme su identificación? —pidió cortésmente.

Jim sacó el pasaporte, que apenas si mereció más que un ligero vistazo por parte del policía.

—Bien, parece que está en regla. Ahora, cuénteme lo sucedido, por favor.

Actuaba con benévola condescendencia, como si estuviera ante alguien tan obtusamente tonto que hubiera que complacer forzosamente.

Quizá fue eso lo que indignó a Jim.

No obstante, contó lo sucedido desde el instante en que oyera el primer quejido, aunque por alguna extraña razón no mencionó para nada el nombre del capitán Buck Gage, aunque si le hubieran preguntado entonces por qué le ocultaba no hubiese sabido qué responder.

—No cabe duda que el individuo no estaba tan muerto como

usted cree, puesto que se apresuró a huir en cuanto usted le dejó...

—Estaba muerto —rezongó Jim.

—¿Cómo puede estar seguro? —sonrió el sargento—. ¿Le tomó usted el pulso, colocó un espejillo ante sus fosas nasales o qué?

—No hice nada de eso. Vi que estaba muerto, eso es todo.

—Vamos, vamos... se dejó usted engañar. Esos canallas están acostumbrados a resolver sus asuntos sin intervención de la policía. Huyó en cuando se quedó solo.

—Como usted quiera, por mi parte avisé a un guardia. Todo lo demás no me incumbe, sargento. ¿Puedo irme?

—Desde luego. Pero antes dígame dónde se aloja usted por si le necesitásemos más adelante. Quién sabe..., con un poco de suerte quizá pueda usted identificar a alguien.

—Lo dudo.

Se levantó, encaminándose a la puerta. Antes que saliera, el sargento dijo:

—Déjeme decirle que lamento mucho que su estancia en nuestra hermosa isla se haya visto enturbiada por ese suceso. Sin embargo, créame, eso es un ajuste de cuentas entre ratas de muelle. Nada importante.

—Si matar un hombre, aunque fuera mestizo, no es importante para la policía, me pregunto qué lo será... Buenas noches, sargento.

—Más despacio, por favor. No me dijo dónde se aloja usted, señor Dawson.

—En el Albergue del Paraíso.

—Un lugar excelente, verdaderamente excelente y exclusivo. Conozco a la señora Fields. Una gran dama..., sí, señor.

Jim cerró la puerta y la voz del policía quedó ahogada.

Sin saber muy bien por qué estaba disgustado. Aquella forma de aceptar su declaración le indignaba.

Pero estaba realmente sorprendido por la desaparición del hombre muerto.

Porque sin ninguna duda aquel desgraciado estaba bien muerto cuando él se fue en busca del policía.

Entonces, ¿por qué se lo habían llevado?

Absurdo.

Pero absurdo o no, había desaparecido y eso a él, maldito si le importaba.

—He venido a descansar —rezongó entre dientes, mientras caminaba por el amplio y desierto paseo.

Por la calzada pasó un largo «Jaguar» deportivo. Un coche espectacular según su propia apreciación. Había visto aquellos autos en los anuncios de las revistas, pero ahora viéndolo deslizarse silencioso como un puma, captó toda su belleza, toda la fuerza latente que se ocultaba bajo su desmesurado capó.

Lo conducía una mujer cuya cabellera rubia ondeaba perezosamente.

Se detuvo para encender otro cigarrillo. Cuando reanudó su caminata, el rojo bólido estaba doblando a la derecha para entrar en el estacionamiento privado de un establecimiento cuyo anuncio luminoso relampagueaba en lo alto.

Parándose, Jim contempló los vivos colores del enorme papagayo que mediante una combinación de luces semejava abrir y cerrar sus alas.

El también dobló la esquina. Llegó a tiempo de ver apearse a la propietaria del hermoso «Jaguar», e incluso en aquella penumbra se dio cuenta que tenía un cuerpo soberbio y que cuando andaba sabía cómo moverlo para realzarlo hasta límites increíbles.

Ella entró en un club. Jim casi le pisaba los talones, pero la mujer desapareció detrás de unos gruesos cortinajes rojos, cuando un empleado ataviado llamativamente le cerraba cortésmente el paso a él.

—¿Viene solo, señor? —le preguntó el hombre.

—¿Es eso contrario a las normas del club?

—Por supuesto que no, señor. ¿Desea una buena mesa, cerca del espectáculo?

—Bueno, prefiero ambientarme primero. ¿Dónde está el bar?

—Por aquí...

Apartó los cortinajes y añadió:

—A la izquierda, señor.

Había un salón grande y sumido en una semioscuridad azulada que convertía en íntimo cualquier rincón más o menos exótico. La decoración semejava una selva cubierta de vegetación. Las mesitas estaban estratégicamente distribuidas entre ella y la luz era apenas suficiente para que las parejas pudieran verse uno a otro.

El bar, casi desierto, no mostraba mayor despilfarro de

electricidad. Un mozo aburrido se movía sin prisas de aquí para allá, simulando que sacaba brillo a algún vaso.

Jim le hizo una seña.

—Ron —pidió—. Con agua helada por separado.

Paseó la mirada alrededor, pero era imposible localizar a la espectacular rubia en aquella oscuridad. Debía haberse acomodado en alguna de las mesas semiocultas.

Bebió el ron a pequeños sorbos. Lo encontró mejor que ninguno de los que había probado jamás en Los Ángeles y pidió otro.

Una orquesta camuflada en alguna parte empezó a tocar un ritmo lento. Algunas parejas surgieron de la penumbra y ocuparon la pista, dispuestas a bailar.

El mozo colocó otro vaso junto a él en el instante en que alguien más llegaba al mostrador.

Por el rabillo del ojo, Jim descubrió que se trataba de la llamativa rubia del coche rojo. Volvió la cabeza y se quedó mirándola, observando cada detalle de su mórbida belleza.

Era alta y cada centímetro de su cuerpo había sido moldeado por una mano realmente maestra. A Jim Dawson no le habría importado seguir admirándola el resto de la noche.

La oyó pedir algo al mozo, pero no entendió sus palabras.

Después de eso, sus ojos se encontraron. El esbozó una sonrisa de tanteo.

La muchacha de rostro adorable y ojos azules murmuró:

—Parece que está usted tan desamparado como yo.

—Realmente así es. Suponiendo que se encuentre usted sola, aburrida y sin nadie a quien recurrir.

—Poco más o menos. ¿Americano?

—De Los Ángeles.

—No tiene usted aspecto de turista.

—Soy mitad turista y mitad convaleciente. Eso quizá lo explique.

—No le comprendo.

El mozo sirvió el pedido de la rubia. Era una copa alta y estrecha con un líquido verdoso en el que flotaba unas hojas oscuras.

Ella la probó y esbozó un gesto de aprobación.

Jim, tomando su propio vaso, fue a encaramarse al taburete

junto a la mujer.

—Me llamo Dawson —se presentó—, Jim Dawson.

—Yo, Sharon.

Espontáneamente, ella alargó su mano. Tenía unos dedos suaves y cálidos que él retuvo unos instantes.

—Le confieso que la vi antes de entrar aquí.

—¿Dónde?

—En su bólido rojo.

—¡Oh, ya comprendo! Usted era el paseante solitario.

—Ni más ni menos.

—Ahora sólo le falta decirme que entró en el Papagayo solamente porque yo lo hice...

—Con toda sinceridad, sí. Pero usted desapareció y entonces me sentí todavía mucho más solo.

—¡Qué cosas! —rió Sharon—. Fui directamente a empolverme la nariz.

—Hizo un buen trabajo. Su nariz es adorable.

La música había cesado y el rumoreo de las conversaciones era apenas algo que parecía llegar de muy lejos. Con una voz queda ella murmuró:

—Lamentaría defraudarle, señor Dawson, pero no se equivoque conmigo.

—Usted no puede defraudarme nunca. ¿No bebe?

Apuró su ron mientras ella saboreaba su exótica bebida. Con una seña llamó al barman encargándole dos bebidas más.

Tras un silencio, Jim dijo:

—¿Vive usted en la isla? De modo permanente quiero decir.

—Nací aquí, pero acostumbro viajar a menudo.

—Entonces podrá asesorarme.

—¿Sobre qué?

—Bueno, principalmente respecto a la vida de la isla, los lugares donde uno puede pasarlo bien y cosas así.

—Eso no es nada complicado. El ochenta por ciento de la gente, de los negocios y de cuánto existe está para complacer el turismo. Es nuestra primera industria, usted sabe.

—No me aclara mucho.

—¿Le gusta pescar? Pesca de altura, por supuesto. Pez espada, tiburones... todo.

—Nunca lo probé, pero ya me hablaron de esa actividad antes de venir. Tengo entendido que es un tanto ruda cuando pica una gran pieza.

—Puede serlo.

—Entonces no me conviene. Necesito reposo.

Ella enarcó su bien dibujada ceja.

—A juzgar por su aspecto, nadie lo diría —comentó con una leve ironía.

—No se deje guiar por las apariencias.

—Es usted un hombre muy fuerte, señor Dawson. No tiene ni remotamente el aspecto de un enfermo convaleciente.

El se encogió de hombros.

—Descartada la pesca de altura —dijo—. ¿Qué otra cosa?

—Tenemos maravillosas playas, el agua del mar es cálida en todo tiempo, y del sol no es preciso hablarle.

—Mejor sería hablar de las nadadoras. A propósito, ¿suele usted practicar la natación?

—De vez en cuando —rió Sharon.

Se removió en el taburete y cruzó las piernas. Jim estuvo seguro que en toda su vida no había admirado otras semejantes.

—¿Mañana por la mañana, tal vez?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. He de resolver un par de compromisos... ¿Por qué lo pregunta?

—Podría usted servirme de guía. Ya sabe, hay que complacer al turista.

—Y crear una sensación de hospitalidad y bienvenida... tal como rezan los *slogans* publicitarios —dijo ella riendo—. En serio, no puedo decirle ahora si iré a nadar o no.

—¿Cuándo lo sabrá?

—Es usted demasiado impaciente.

—Soy un convaleciente. Hay que complacerme. Después de todo el tiempo que pasé en el hospital puede decirse que soy un enfermo profesional.

—Bueno, no necesita hacer su propia publicidad. Le aseguro que no podré saber nada hasta por la mañana.

—Entonces, dígame dónde puedo llamarla para estar seguro.

Ella rió, dedicándose por unos momentos a saborear la bebida.

Cuando la dejó sobre el mostrador, dijo:

—No sé exactamente dónde estaré por la mañana... tengo algunas cosas que hacer. Pero estoy dispuesta a llamarle alrededor de las diez y entonces concretaremos. ¿Qué le parece?

—Excelente, como dijo el sargento.

—¿Quién?

—Olvídelo, era sólo una manera de hablar.

—Le telefonearé si tengo libre la mañana.

—Me parece muy bien. Tengo teléfono en el *bungalow* donde me alojo... Es el Albergue del Paraíso.

—En la colina... Conozco el lugar.

—Bueno, tengo el número veintidós. No deje de llamarme, Sharon.

Ella asintió y saltó del taburete.

—Lo haré. Buenas noches, señor Dawson.

—A partir de mañana me llamará usted Jim. Es más sencillo.

Estrechó su mano y sus dedos se le antojaron una caricia.

Estuvo contemplándola mientras se alejó con su insinuante ondulación.

Pagó las bebidas y estuvo unos minutos más allí, hasta que al fin salió también, no muy seguro de que la muchacha cumpliera su promesa a la mañana siguiente.

Al pasar por el estacionamiento comprobó que el rojo «Jaguar» había desaparecido.

CAPÍTULO III

Jim encogió sus largas piernas para acomodarse en el pequeño «Morris» y le ordenó al taxista:

—Al puerto, cerca de donde están las lanchas de pesca.

El coche se lanzó por el dédalo de callejas sorteando los autos estacionados, sorprendiendo a Jim por su veloz recorrido por la izquierda, por su temeraria manera de doblar las esquinas y, en general, por el absoluto desprecio de todas las normas de prudencia.

—¿Está bien aquí? —preguntó el chófer.

Pagó y apeándose miró a su alrededor, mientras el pequeño auto se alejaba.

Estaba completamente solo en el malecón. Las grandes motoras se mecían abajo, y de ellas se elevaban chirridos y quejas como si se tratara de seres vivos.

Dawson se apoyó en la barandilla, tratando de descubrir algún movimiento en cualquiera de ellas.

Bajo él había una gran lancha con una luz en el interior de la cabina. Las otras más próximas estaban a oscuras, excepto alguna que otra luz de situación.

Descendió los escalones de piedra hasta el embarcadero. Sin vacilar, atravesó la pasarela de la embarcación y pisó la cubierta.

—¿Hay alguien a bordo? —gritó.

Una cabeza de cabello revuelto asomó por un cristal, desapareciendo al instante.

El esperó. Una escotilla fue abierta desde el interior y la misma cabeza apareció con precaución.

—¿Qué busca usted? —Gruñó el marino—. Nadie le autorizó a subir a bordo a estas horas.

—Me llamo Dawson. Sólo quiero hacerle una pregunta, amigo.

El hombre acabó de salir. Jim advirtió que mantenía la mano derecha pegada al cuerpo. Cuando se acercó, descubrió el cuchillo

que empuñaba.

—¿Es que todo el mundo aquí juega con estas herramientas?
El marino se detuvo.

—¿Quién es usted?

—Ya le dije que me llamo Dawson.

—Eso no me aclara nada.

—Ando buscando a un hombre. Por lo que sé, es marino, así que pensé preguntar en las embarcaciones.

—Está bien, pregunte y luego váyase.

—Buck Gage —dijo Jim—. Capitán Gage. ¿Le conoce usted?

—Oí hablar de él alguna vez..., pero no tiene ningún barco. El suyo se hundió hace tiempo.

—¿Dónde podría encontrarle?

—No lo sé. Vive en tierra.

—¿Sabe de alguien que pudiera guiarme? Necesito encontrarlo cuanto antes.

—No lo sé. No es un hombre muy popular que yo sepa.

Jim titubeó.

—Dice usted que el barco de Gage se hundió...

—Así fue. Hace como un año o un poco más.

—¿No puede usted decirme nada que pueda llevarme hasta el capitán?

—Nada. Váyase.

—Está bien, tómelo con calma. ¿Por qué tiene tanto miedo?

—Hay muchos salteadores en los muelles. Uno nunca puede estar seguro de nada en estos tiempos.

—Ya veo...

El hombre no se movió mientras Jim se dirigía a la pasarela. Luego, cuando lo perdió de vista, regresó a la escotilla y desapareció.

Dawson anduvo pensativamente un buen trecho.

Estaba casi seguro que aquello era una estupidez. Debía haberle contado al sargento la verdad sobre las palabras del moribundo y que ellos se las hubieran arreglado con el extraño capitán Gage.

De pronto descubrió una cantina de la que brotaba una luz amarillenta y un raudal de música. Entró sumergiéndose en una turbia atmósfera de humo, voces, olor a ron y murmullo de conversaciones.

Su presencia llamó la atención. No tenía aspecto de hombre de mar, pero tampoco parecía un turista despistado. Su cuerpo fuerte, elástico, de anchos hombros y grandes manos podía ser cualquier cosa menos un inocente turista.

Se acodó al mostrador. Había empezado la noche con ron y no era cosa de andar cambiando de bebidas.

El mozo le sirvió un vaso de licor. Poco a poco dejaron de interesarse por él y entonces llamó al barman con una seña.

—Llénelo otra vez.

Mientras le senda, deslizó un billete de un dólar sobre el mostrador y preguntó:

—¿Conoce a alguien llamado Gage? Creo que es marino...

—¿El capitán Gage?

—Creo que sí.

—Hace mucho tiempo que no viene por aquí.

—Así que le conoce usted.

—Seguro. Un tipo muy raro —dijo el hombre, sonriendo—. Desde que naufragó apenas habla con nadie.

—¿Sabría dónde puedo encontrarle? Tengo un buen asunto para él...

—Vivía en algún lugar de Rodney Street... Espere.

Jim tuvo tiempo de beber todo el ron antes de que el mozo volviera. Todo el tiempo lo vio hablar con diferentes individuos, al otro extremo de la barra.

—Está usted de suerte —anunció, satisfecho—. Me dicen que posee una pequeña casa en el número once de Rodney Street.

—Muchas gracias. Ahora, dígame dónde está esa calle para que pueda encontrarla.

Estuvo escuchando las instrucciones que el mozo no regateó. Añadió otro billete de dólar al anterior, con lo que se ganó una fulgurante sonrisa, y salió a los oscuros muelles.

Tardó casi treinta minutos en llegar a la calle indicada.

Era ancha, oscura, y poblada de casitas de una sola planta separadas entre sí, por reducidos jardines. A la luz del día debía parecer una calle típicamente inglesa, pero a esas horas de la noche era un pozo de sombras sin atractivo alguno.

El número once no se diferenciaba en nada de las demás, excepto en que había luz en una ventana. Jim vio el buzón en la

pequeña valla de madera y leyó el nombre de Gage en él.

Atravesó el jardín y llamó a la puerta con los nudillos.

Apenas acababa de hacerlo cuando la ventana iluminada se oscureció.

Alguien había apagado la luz.

Escuchó con todos los sentidos alerta, pero el silencio en la casa era total. No pudo escuchar más que el susurro del aire entre las ramas de los árboles.

Deslizándose pegado a la pared, Dawson se aproximó a la ventana que estuviera iluminada. Tampoco a través de los cristales pudo oír nada.

Pensó que el marino adoptaba muchas precauciones antes de abrir la puerta. Pero si era así no sería tan fácil que los asesinos del mestizo le sorprendiesen.

Regresó a la puerta y llamó otra vez, sin resultado.

Perplejo, se preguntó qué era lo que podía hacer para infundir suficiente confianza en el capitán para que éste le dejara entrar.

Justo en ese instante una puerta golpeó bruscamente en la parte opuesta de la casa. Jim dio un salto y echó a correr hacia allí, mascullando entre dientes cuando la herida del pecho le recordó que no estaba en condiciones de practicar las carreras pedestres...

Dobló la esquina a tiempo de ver alejarse las sombras de dos hombres.

—¡Eh, ustedes, esperen! —gritó.

Desaparecieron saltando por encima de la valla del jardín vecino. Vio una puerta entornada que debió golpear debido a algún precipitado movimiento de los fugitivos. Se estremeció, porque aquello, después de lo acontecido con el mestizo, sólo podía tener un significado.

Entró en la casa encendiendo las luces a su paso.

Atravesó una pequeña cocina desordenada y sucia y se encontró en una estancia apenas amueblada. En las paredes colgaban motivos marineros y la lámpara era un viejo timón de rueda.

Más allá había otra puerta que comunicaba con una pequeña salita.

Ésta sí estaba mejor amueblada y todo en ella indicaba que era donde el propietario de la casa solía pasar la mayor parte de su vida.

Y en ella había muerto también.

El hombre estaba amarrado a una silla de respaldo recto. Su cuerpo estaba desnudo de cintura para arriba y todo el pecho era una masa ensangrentada que infundía espanto.

Jim corrió las cortinas de la ventana, volvió atrás, y cerró por dentro la puerta por la que entrara. Después, revisó las ventanas para evitar desagradables sorpresas, hecho lo cual regresó junto al cuerpo sin vida del que fuera capitán Gage.

Habían torturado al hombre de una manera feroz, pero tras el primer examen Dawson estuvo seguro que ninguna de aquellas heridas había sido la causa de su muerte.

Eran cortes profundos que desgarraban el pecho en todas direcciones, pero ninguno podía haber interesado un órgano vital.

Le quitó la apretada mordaza. La cabeza se bamboleó de un lado al otro al hacerlo, pero eso fue todo.

Esta vez hizo las acostumbradas pruebas, primero buscándole un pulso que no existía; después, acercando una cerilla a la nariz. La llamita permaneció recta y firme sin oscilación alguna.

El hombre estaba muerto sin ninguna duda.

Perplejo, Jim titubeó. En su fuero interno se reprochaba por no haber tomado aquel asunto más en serio, buscando al capitán tan pronto salió de la comisaría de policía.

Ahora, todo había terminado y de una manera que no olvidaría fácilmente.

Imaginó la reacción del sargento esta vez. No le gustó pensarlo.

Miró a su alrededor. Después de todo, se suponía que, en cierta forma, era un experto en estas cuestiones.

Todo estaba desordenado a su alrededor demostrando que el tal Gage no había sido precisamente un modelo de orden. Había periódicos y revistas esparcidos por todas partes. Botellas vacías, o a medio vaciar, encima de todos los muebles.

Una estantería conteniendo libros ocupaba parte de una pared, pero los libros aparecían amontonados, tirados de cualquier manera unos encima de otros...

No cabía duda que habían intentado obligar al capitán Gage a revelar algún secreto. No se tortura a un ser humano de aquel modo por simple sadismo.

Los dos hombres que escaparon cuando llegó, perseguían un fin

determinado. Sería interesante saber cuál era ese fin...

Quizá, después de todo, sus vacaciones rindieran un beneficio.

En pocos minutos, Jim hubo revisado toda la habitación. No sabía qué era lo que debía buscar. Confiaba en la suerte y en su intuición profesional.

No encontró nada.

En un rincón, tirada de cualquier modo, había una guerrera azul, una camisa blanca y una camiseta de manga corta. Tomó la guerrera y registró los bolsillos.

Había la documentación personal del marino, una bolsa de tabaco para pipa y un estuche de cerillas de madera.

También encontró un par de facturas pagadas; una de una lavandería y otra de una tienda de comestibles. Junto a las facturas había algo más.

Jim estuvo mirando el extraño objeto con el ceño fruncido.

A primera vista parecía un cristal de roca. Después comprendió que se trataba de un pedazo de coral azulado, como nunca antes viera otro parecido.

Un amuleto tal vez...

Se lo guardó en el bolsillo instintivamente. Tras esto continuó con el examen del resto de la vivienda.

Cansado, extrañamente inquieto a causa de la proximidad del ensangrentado cadáver, apagó las luces y abandonó la casa, ahora más interesado que nunca por aquel misterio que le había salido al paso, contrariamente a como solían sucederle estas cosas, cuando era él quien andaba a la caza de misterios...

CAPÍTULO IV

A pesar de lo tardío de la hora había luz en la administración cuando llegó al Albergue del Paraíso. La señora Fields debía tener trabajo atrasado.

Cruzó ante la puerta. Apenas había dado dos pasos cuando la administradora salió apresuradamente y le llamó.

Su voz sonaba extrañamente tensa cuando dijo:

—El sargento Burrows, de la policía, ha intentado hablar con usted repetidas veces, señor Dawson...

Se volvió. La vio allí, alta, erguida, rígida.

—¿De veras?

—Dejó dicho que le llamara usted inmediatamente que llegara. A cualquier hora.

—¿Por eso me ha esperado usted?

—En parte solamente. Tengo mucho trabajo en la administración.

—Ya veo... ¿Le ha contado el sargento la razón por la cual nos hemos conocido él y yo?

—No ha sido nada explícito.

El sonrió.

—Si me permite utilizar su teléfono...

Entró en el confortable despacho. Ella le dictó el número de la comisaría y unos instantes después escuchó la voz del bigotudo sargento.

—¿Jim Dawson? —exclamó el policía—. Estaba impaciente por que me llamara usted.

—¿Qué ocurre? Supongo que cuando hablé con usted quedó todo aclarado respecto a mi intervención en ese desgraciado asunto.

—Por supuesto... No se trata de eso. La verdad es que empezaba a inquietarme. Estaba a punto de ordenar que le buscasen a usted por toda la ciudad.

—¿Por qué? Eso es absurdo.

—Me preocupaba usted... Mejor dicho, me preocupaba su seguridad.

—No me diga.

—Le siguieron a usted, señor Dawson —soltó el policía de pronto.

—¿Cuándo?

—Tan pronto abandonó la comisaría. El agente vino a decírmelo, pero cuando pude enviar a alguien para advertirle, usted había desaparecido.

Jim reflexionó rápidamente antes de decir:

—Creo que su agente se equivocó, sargento. He ido dando vueltas por ahí toda la noche y no he visto nada sospechoso a mi alrededor.

—¿No ha visto usted en ninguna ocasión un hombre vestido con pantalón gris, camisa azul claro y un pañuelo alrededor del cuello?

—En absoluto. ¿Es el que usted cree que...?

—¡Yo no creo nada, señor Dawson! —explotó el sargento—. Me limito a decirle lo que mi agente vio. Ese hombre había estado dando vueltas cerca de la comisaría. Mi hombre pensó que esperaba a una mujer. Luego, cuando usted salió, se dio maña en ocultarse y después echó a andar siguiéndole los pasos.

—Muy bien, le agradezco su interés, sargento.

—Tenga cuidado, señor Dawson. Otra cosa... ¿por qué no me dijo usted quién era en realidad cuando estuvo aquí?

—¿Debí decírselo?

—¡Naturalmente!

—¿Y cómo lo ha averiguado usted?

—Hice algunas pesquisas, usted sabe...

—Entiendo.

—Ahora no estoy tan seguro de que haya venido usted a nuestra hermosa isla únicamente de vacaciones...

—Buenas noches, sargento.

—Cúidese, señor Dawson.

Colgó, pensativo.

La señora Fields murmuró:

—¿Malas noticias?

—No creo que lo sean. Tienen ustedes una policía muy

susceptible aquí.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Se preocupan excesivamente por los visitantes.

Ella sonrió al fin.

—¿Olvida que los turistas son nuestra más importante fuente de riqueza?

—Estoy comprobándolo esta noche.

Dio las buenas noches y se encaminó a su alojamiento.

Tras él, la luz de la oficina se apagó.

Entró en el *bungalow*. Antes que pudiera encender la luz, algo agudo se apoyó contra su costado y una voz murmuró junto a él:

—¡No mueva ni un dedo si quiere seguir entero!

Se puso rígido. Notaba el cuchillo apretándole el costado, atravesando incluso la ropa.

—Está bien —gruñó, relajándose—. Quiero continuar con todas las piezas en su lugar. ¿Qué clase de juego es éste?

—Pronto lo verá.

La luz se encendió de repente. Jim vio dos hombres y dos afilados cuchillos. Uno de los cuchillos era el que presionaba su cuerpo.

El otro estaba frente a él, reflejando la brillante luz de la lámpara.

—Bueno, creo que se equivocaron. Traigo el dinero en *travelers cheques*, así que no hay negocio.

—Cierre la boca hasta que le pregunten. ¿Es éste, tú?

El otro asintió con un gesto.

—El mismo —aseguró—. Pude verle bien durante el tiempo que le anduve siguiendo.

—Muy bien, amigo. Empiece a hablar y pronto. No tenemos mucho tiempo.

—¿De qué quieren que hable?

—Queremos saber qué le contó Bruno antes de reventar.

—¿Bruno?

—El mestizo que usted encontró. ¡Vamos, hable, rápido!

El cuchillo presionó un poco más. Lo sintió hincarse levemente en la piel a través de las ropas.

—Nada —dijo con calma—. Estaba agonizando. Se quejó varias veces. Luego llamó a alguien cuyo nombre no entendí y eso fue

todo. Murió casi al instante.

—¡Miente, condenado sea!

—Digo la verdad. Es exactamente lo mismo que le conté a la policía.

—¡El le habló! —insistió el que estaba frente a él.

Jim sacudió la cabeza.

—Nada concreto —se ladeó un poco, tratando de eludir el inquietante contacto del arma y añadió—: El pobre tipo estaba en las últimas cuando llegué a su lado.

—Estuvo usted hablando con él demasiado tiempo para que no entendiera nada...

—Traté de entenderle, desde luego, pero fue imposible. ¿Qué clase de juego se traen ustedes?

Cambiaron una mirada. Les vio dudar, indecisos. Le hubiera gustado estar seguro respecto a esos dos.

De pronto, el que llevaba la voz cantante dijo:

—Usted quiere hacernos creer que no entendió lo que dijo Bruno...

—Exacto.

—Ni siquiera el nombre que pronunció. ¿No es así?

—Creí que era un nombre, no estoy seguro.

—Bueno, vamos a ver... ¿Cómo sonaba, qué pensó usted que significaban aquellas palabras?

Jim estaba tenso, aguardando el más breve descuido de sus dos asaltantes para intentar sorprenderlos.

Pero entonces se le ocurrió que muy bien podía arriesgar un farol y dijo:

—Bueno... ya les dije que no lo entendí... sonó algo así como Gage...

Ambos dieron un respingo.

—¿Está seguro?

—No. Su voz era apenas un gorgoteo.

—Está bien, ahora creo que ha dicho usted la verdad.

—Menos mal. Ahora lárguense y déjenme dormir.

El tipo enseñó sus dientes desiguales.

—Va a dormir más de lo que imagina, extranjero... Acáballo, chico.

Jim dio un brinco de costado, volteó la manos y estrelló el borde

contra la muñeca armada del que le había estado acariciando el costado con su navaja.

Sonó un extraño chasquido y el arma salió volando. El rufián emitió un largo aullido y empezó a girar sobre sí mismo sosteniéndose la muñeca rota con la otra mano.

El otro salió de su estupor demasiado tarde, cuando ya Jim saltaba sobre él propinándole un feroz trallazo con la zurda que le arrojó de espaldas contra la pared, donde su cabeza sonó como un disparo.

Aturdido, el hombre intentó aclarar su turbado cerebro. Jim no le dio tiempo. De nuevo junto a él, levantó la derecha y descargó un hachazo con el borde de la mano. Fue un golpe salvaje, impulsado por el furor que le dominaba.

La mano hizo impacto en la nuca del forajido, la cabeza pareció saltar a un lado y el tipo se derrumbó sin un quejido estrellándose de cara contra el suelo.

Dawson se volvió como una centella, jadeando porque la cicatriz del pecho comenzaba a dolerle de un modo insoportable.

El otro asaltante abrió la puerta en ese momento. Intentó correr tras él, pero el latigazo de dolor que le asaltó pareció a punto de desgarrarle el pecho y cayó bruscamente de rodillas, luchando por introducir aire en sus pulmones y dominar la tortura del dolor.

Estuvo unos minutos derribado, con el cuerpo lleno de sudor angustioso. Después, se irguió apoyándose con el respaldo de la butaca.

Jadeaba como un fuelle roto. Necesitó mucho tiempo antes de sentirse con fuerzas para dirigirse al teléfono.

Era un aparato sin dial ni números. Había solamente un botón rojo y lo oprimió dos o tres veces con urgencia después de descolgar el auricular.

Una voz de mujer le respondió al instante.

—¿Es la señora Fields? —preguntó.

—Soy la telefonista, señor. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Comuníqueme con el sargento Burrows, en la comisaría del puerto. Hablé con él hace poco.

—Muy bien, señor. Haga el favor de colgar. Le llamaré cuando haya establecido comunicación.

Jim colgó, encendió un cigarrillo y suspiró, satisfecho al darse

cuenta de que sus manos no temblaban.

Sólo el agudo dolor en el pecho le recordaba que debía andar con mucho tiento si no quería terminar otra vez en el hospital.

CAPÍTULO V

Llegó primero la administradora, avisada sin duda por la fiel telefonista.

La bella mujer se envolvía en una bata de seda que parecía adherirse a su cuerpo como una segunda piel. Jim enarcó las cejas y se preguntó qué llevaría debajo de la bata, si es que llevaba algo en realidad.

Ella se quedó en el umbral unos instantes, no muy segura del terreno que pisaba.

—La telefonista dice que usted llamó otra vez a la policía, señor Dawson...

—Ni más ni menos. Acabo de colgar.

—¿Sucedó algo anormal?

—Eso es decir poco, señora...

Se apartó, invitándola a entrar. Ella lo hizo, pero se detuvo en seco al ver el cuerpo derribado de bruces, con la cabeza doblada en un ángulo imposible.

—¡Oh, Dios santo! ¿Qué pasó?

—Estaban esperándome cuando entré. Eran dos, armados con esos cuchillos... El otro huyó.

Ella desvió la mirada de las armas y del cadáver.

Casi sin voz indagó:

—¿Está... muerto?

—Tiene el cuello roto. Comprendo que no es un espectáculo agradable, pero no me dejaron alternativa.

—¡Es horrible! Una cosa así en nuestro establecimiento...

—Síntese. Parece que sus piernas no están muy firmes, señora Fields.

—No, no... esperaré en la administración hasta que llegue la policía.

—Como guste.

Ella le dirigió una última y acusadora mirada y después se marchó, cerrando cuidadosamente la puerta.

Jim se hundió en una butaca y encendió un cigarrillo. Todo el tiempo hasta la llegada de los policías estuvo reflexionando profundamente en todo aquel misterio sin llegar a ninguna conclusión.

El sargento Burrows estaba tan excitado que hasta las guías de su bigote parecían más erectas que de costumbre.

—Así que lo mató usted —bufó, plantándose al lado del cadáver.

—Bueno, le diré que de no haberme ayudado la suerte, a estas horas sería mi cadáver el que estaría contemplando usted.

—Será mejor que me cuente lo sucedido desde el principio, señor Dawson. Y no olvide nada, por favor.

Habló durante breves minutos, añadiendo al final:

—Ellos pensaban que el mestizo pudo decirme algo importante antes de morir y querían saber qué fue... Sólo que se equivocaban. El pobre tipo no pudo hablar.

Burrows le contempló desconfiadamente.

—Ahora, yo también empiezo a dudarlo —dijo—. Sabiendo quién es usted, su reputación... No me sorprendería que todo esto fuera un asunto importante detrás del que usted ha venido a nuestra isla.

—No desvaríe, sargento. Vine en plan de convalecencia. Si es cierto que pidió informes míos, debieron decirle que estuve casi tres meses en un hospital, balanceándome en la cuerda floja. Tenía dos plomos del 38 en el cuerpo, ¿sabe? Uno rozándome el corazón. Les di mucho trabajo a los matasanos.

—Lo sé. Volvamos a lo que interesa. ¿Recuerda todo lo que dijeron esos dos hombres antes que empezase la lucha?

—Bueno, estuvieron preguntándome una y otra vez qué era lo que el mestizo dijo.

—¿Eso fue todo?

Una idea comenzó a tomar cuerpo en su mente. Sin pensarlo dos veces murmuró, simulando concentrar los recuerdos:

—Hubo algo más... algo que en aquellos momentos de excitación no capté con detalle. Era algo referente a un marino... Eso es; capitán Gage. O por lo menos sonó así.

—¿Gage?

—¿Conoce usted a alguien de ese nombre?

Burrows se acarició pensativamente el bigote.

—Capitán Buck Gage —murmuró—. Sí, conocí a ese marino hace algún tiempo. Naufragó.

—¿Y murió?

—Vive, pero perdió su barco. Un carguero de cabotaje... un viejo cascarón apollado en el que ni las ratas querían navegar.

—Bueno, tal vez fuera a él a quien se refiriesen esos dos.

—¿Cómo fue que pronunciaron ese nombre?

—Creo que me preguntaron si el mestizo había hablado del capitán Gage o algo así.

—Sorprendente —comentó el sargento, mientras sus hombres se movían alrededor del cadáver esperando instrucciones—. Ahora parece que la muerte de ese mestizo fue realmente eso... una muerte.

—Se lo dije así, pero usted no quiso creerlo.

—Permítame.

Descolgó el teléfono y pidió a la telefonista comunicación con su comisaría. Después, dio unas órdenes para que el capitán Gage fuera llevado sin excusa a su oficina y que esperase allí.

Jim imaginó la desagradable sorpresa que esperaba a los policías que fuesen en busca del desgraciado marino...

—Señor Dawson...

—¿Sí, sargento?

—Según su descripción, el hombre que huyó vestía como el individuo que le describí por teléfono...

—Con todo detalle.

—Y tiene una muñeca rota.

—Por lo menos, yo hice cuanto pude por rompérsela. Sus cuchillos me pusieron extremadamente nervioso.

Por unos momentos, el policía pareció desentenderse de él y examinó cuidadosamente el cadáver.

Cuando se levantó había una mirada perpleja en sus ojos.

—Tiene el cuello roto —murmuró—, y usted afirma que sólo le pegó con las manos desnudas.

—Sí.

—Y que al otro le rompió la muñeca también con un solo golpe de su mano.

—Eso dije.

—Tiene usted unas habilidades temibles, señor Dawson.

—Pero muy convenientes para alguien que, como yo, acostumbra correr frecuentes riesgos.

—Ya me dijeron algo de esos riesgos... el último le costó dos balazos. Está bien, siéntese en esa butaca y dejemos que mis hombres hagan su trabajo.

Durante los minutos que siguieron, Jim se dedicó a fumar cigarrillos y a contemplar cómo los fotógrafos tomaban placas del cuerpo, y después de los muebles en relación con la postura del cadáver.

—Sargento...

Burrows se volvió en redondo, mirándole con sus ojos que volvían a tener su mirada placentera.

—¿Se le ocurre algo, señor Dawson?

—En absoluto. Pero estaba pensando qué relación podía haber entre el mestizo muerto, el ataque a mi persona y ese capitán Gage. ¿Por qué no me cuenta su historia?

—¿La historia de Buck Gage?

—La misma.

—No hay nada interesante. Era el capitán y propietario de su cochambroso carguero. Transportaba toda clase de mercancías entre las islas y alguna que otra vez llegaba hasta el continente. Es un individuo taciturno, solitario. Cuando su cascarón se hundió creo que nadie lo lamentó, excepto la compañía de seguros, aunque le pagaron muy poco.

—¿Y la tripulación?

—Llevaba sólo tres hombres. Un maquinista y dos marineros. Los tres desaparecieron en la galerna que hundió el barco.

—Y él, ¿cómo se salvó?

—Fue avistado al día siguiente a treinta millas de la costa por un buque de pasaje que procedía de Trinidad.

—Y desde entonces, ¿no ha vuelto a navegar?

—¿Gage? En absoluto. Está apurando el dinero recibido del seguro. No debe quedarle mucho ya.

Jim desistió de seguir haciendo preguntas para no despertar la suspicacia del policía.

Los fotógrafos guardaron sus instrumentos y se fueron.

Burrows gruñó:

—Esperaré a los enfermeros y me iré a mi despacho para hablar con Gage. Afortunadamente, no ha habido escándalo... La señora Fields no nos hubiera perdonado jamás. Un lugar tan exclusivo y reservado como éste necesita velar por su buena reputación.

—Temo que a mí no me perdone —rezongó Jim—. Apuesto que me considera responsable de todo lo sucedido.

—Usted encontrará la manera de congraciarse con nuestra distinguida señora.

—Por lo menos lo intentaré.

—Lo que tiene que intentar, señor Dawson, es no complicarse en otros sucesos desagradables. No siempre tendrá tanta suerte como esta noche.

—¿A qué infiernos llama usted suerte, sargento?

El teléfono evitó que Burrows replicara. El policía levantó el auricular, escuchó un instante y después gruñó:

—Yo soy el sargento Burrows. ¿Qué pasa?

Escuchó otra vez. Jim le vio ponerse rígido de pronto, soltar una sorda maldición y luego ordenar:

—No toquen nada hasta que yo llegue. ¡Y alejen a los curiosos si los hay!

Colgó con tanta fuerza que a punto estuvo de romper el auricular.

Se volvió poco a poco. Había una mirada perpleja en sus ojos habitualmente tranquilos.

—Lo mataron —murmuró.

—¿A quién?

—Al capitán Gage. Acaban de informarme por teléfono.

—¡Diablos! ¿Qué es lo que está sucediendo en esta isla, sargento?

—No me avergüenza confesar que no tengo la menor idea, señor Dawson. ¿Puedo confiar en su discreción, al menos por algún tiempo?

—Por supuesto.

—Me refiero a que no trate usted de transmitir ninguna crónica respecto a estas muertes ni a lo sucedido con usted.

—¿Pretende que los periódicos ignoren todo esto?

—Eso es imposible. Pero los de la isla se limitarán a una

rutinaria información de sucesos. Usted, con su reputación, podría sacarle más partido convirtiéndolo en algo sensacional, y eso es lo que quiero evitar por el momento.

—Creo que me sobreestima, sargento.

—Tonterías. Sé que es usted uno de los más leídos reporteros de su país.

—No me adule. No necesita hacerlo para conseguir mi palabra de que no explotaré todo esto... a menos que adquiera suficiente importancia como para que mis colegas de los Estados Unidos decidan intervenir.

—No lo harán.

Una ambulancia llegó silenciosamente y el cadáver fue retirado con discreción. Después de los hombres vestidos de blanco, se fue el sargento no sin antes recomendar una vez más a Jim Dawson que viviera prevenido en adelante, puesto que el hombre de la muñeca rota quizá quisiera vengarse...

Jim se prometió a sí mismo vivir prevenido, pero no para evitar la problemática venganza del hombre de la camisa azul claro, sino por otras razones más concretas e importantes.

CAPÍTULO VI

Algunos huéspedes estaban ya en la piscina cuando Jim abandonó su alojamiento a la mañana siguiente.

Desayunó sin ver a la administradora. Luego, cuando se disponía a volver al *bungalow*, la señora Fields apareció y él fue a su encuentro.

—Buenos días, señor Dawson —miró precavidamente a su alrededor y añadió—: ¿Acabó usted bien la noche?

—Oh, por supuesto. Quería presentarle mis excusas por todo lo sucedido.

—No debe preocuparse por eso. Afortunadamente, nadie sabe lo que sucedió, y cuando los periódicos hablen del asunto no mencionarán el nombre del establecimiento.

—Todo muy conveniente.

—¿No piensa bañarse en nuestra piscina?

—Tal vez más tarde. Y no cambie de conversación. Hay algo que deseo preguntarle, señora Fields.

—¿Respecto a qué?

—A esos hombres que me atacaron anoche. Verá usted; uno de ellos me siguió cuando salí de la comisaría. Yo no lo descubrí en toda la noche. Pero luego, cuando llegué aquí, ellos ya estaban dentro de mi *bungalow*, esperándome.

—No comprendo lo que quiere decir, realmente...

—Es sencillo. ¿Le preguntaron cuál era mi alojamiento?

—Por supuesto que no. No los vi en absoluto... Bueno, excepto al que estaba muerto...

—¿Ni por teléfono, nadie se interesó por mí en toda la noche?

—Que yo sepa no, aunque bien pudieron haberle preguntado a la telefonista. Si tiene mucho interés en saberlo, cuando la muchacha vuelva a estar de servicio la próxima noche se lo preguntaré.

—Le quedará muy agradecido, señora Fields. Es algo que me interesa en gran manera.

—Le informaré.

En el *bungalow* se tendió en la cama y fumó un cigarrillo.

Cuando faltaban diez minutos para las diez el teléfono sonó, tal como había esperado.

—Hable —dijo—. Aquí Dawson.

—¿No me olvidó?

—Buenos días, Sharon. ¿Cree que puede olvidarse una mujer como usted?

Oyó su risita y después la sugestiva mujer murmuró:

—Voy a ir a nadar esta mañana, señor Dawson.

—¡Espléndido! Pero empecemos por dejar las cosas bien sentadas, Sharon. Mi nombre es Jim, ¿sí? Lo otro me hace sentirme más viejo de lo que soy.

—Está bien... Jim. Tampoco suena tan mal, creo yo.

—¿Dónde puedo pasar a recogerla?

—Mire, no estoy en mi casa ahora. Mejor será que nos encontremos en la playa, dentro de una hora.

—¿Y cómo podré localizarla en un lugar determinado? Recuerde que desconozco por completo la isla.

—Cualquier taxista podrá llevarle... Dígale al chófer que quiere ir a La Cueva del Pirata y no habrá dificultades. No es propiamente una cueva, sino lo que queda de un *cabaret* que destruyó un incendio. Está encima de un acantilado, y debajo hay una pequeña cala. Allí estaré yo.

—Muy bien, hasta ahora, Sharon.

—Recuerde que debe usted portarse bien, Jim.

Colgó, preguntándose a qué le llamaría ella portarse bien.

Se puso un *slip* de baño y volvió a vestirse antes de salir.

El sol era una bola de fuego que ardía sobre las cabezas con un fulgor diabólico. Todo el mundo buscaba las sombras y alrededor de la piscina había una gran animación, bajo los parasoles de colores.

El taxista no necesitó ninguna aclaración cuando Jim le indicó adonde deseaba ir. El coche abandonó la ciudad y se lanzó por un estrecha y retorcida carretera que bordeaba la costa.

Todas las playas que veía estaban llenas de gente. Eso no le gustó en absoluto, por cuanto deseaba tanta soledad como fuera

posible mientras estuviera con Sharon en aquella cala de que había hablado por teléfono.

Veinte minutos después, el taxi maniobró para detenerse en una plazoleta de piedra. La mancha roja y estilizada del «Jaguar» destacaba en aquella soledad como una mancha de sangre en una sábana.

Despidió al taxista y exploró el lugar. Había las ruinas de una construcción, entre las que comenzaba a crecer la hierba. Más allá, delimitando la plazoleta, una balaustrada se alzaba sobre el pequeño abismo.

Asomándose por ella, Jim descubrió allá abajo una reducida playa de blanca arena. Sobre la arena había una mujer tendida encima de una gran toalla de baño.

No había nadie más.

En los primeros instantes creyó que ella estaba completamente desnuda. Después, captó las diminutas manchas del bikini sobre el cuerpo y suspiró.

Tomando una pequeña piedra, Jim la dejó caer sobre las rocas. En su caída, el pedrusco produjo un ruido que turbó el susurro del mar.

La mujer, allá abajo, dio la vuelta sobre sí misma y levantó su cabeza rubia.

El agitó la mano y ella le respondió, señalándole los rústicos escalones labrados en la roca viva y que descendían hasta la misma playa.

Bajó por ellos hasta reunirse con la muchacha.

—Ha sido usted muy puntual —comentó, dejándose caer a su lado—. ¿Qué hizo al llegar, ahuyentar a los demás con una pistola?

—No había nadie más. Este lugar está demasiado lejos de la ciudad.

—Lo cual no deja de ser una ventaja. ¿Se ha bañado ya?

—Todavía no. Estuve esperándolo.

El se despojó de las ropas y tomando a Sharon de la mano la obligó a incorporarse.

—Vamos a probar el agua —dijo.

Ella se quedó mirando la gran cicatriz que se distinguía con claridad en el musculoso pecho de Jim.

—¡Dios, qué boquete debió tener! —exclamó—. ¿Qué fue eso,

Jim?

—Cirugía. Ya le dije que estaba aquí para convalecer.

Echaron a correr hacia el agua. Ella tomó impulso y realizó una zambullida soberbia, desapareciendo bajo las mansas aguas.

Jim entró con más precauciones, no muy seguro aún de la manera cómo reaccionaría su cuerpo.

La cicatriz de la espalda, allí donde le habían extraído la otra bala, no le dolía. Pero la del pecho sí.

Nadó suavemente hacia donde ella había aparecido. Durante unos minutos retozaron en el agua, sumergiéndose uno tras otro para volver a la superficie excitados y llenos de vitalidad.

En una de sus apariciones, Jim exclamó:

—¡Eh! No habrá tiburones aquí, Sharon.

—Si los hay, están tan bien escondidos que nadie los ha visto nunca.

Casi media hora más tarde regresaron a la arena tumbándose al sol.

Secarse no les llevó más que unos minutos. Cuando se levantaron sentían arder la piel y corrieron en busca de la sombra que les ofrecía el macizo rocoso.

Allí la arena era blanda y fresca. Tendidos uno al lado del otro, él encendió dos cigarrillos y le pasó uno a la muchacha.

—Hábleme de usted, Sharon —dijo él de pronto—. Una mujer tan adorable debe tener una vida muy interesante.

—Yo no considero que lo sea. Las obligaciones sociales me abruman, eso es todo.

—No lo creeré en mil años.

—Usted resulta mucho más misterioso, lleno de cicatrices y de un turbulento pasado...

—¿De dónde saca esa idea? Las cicatrices son de simples intervenciones quirúrgicas.

—¿También la de la espalda?

—Es usted muy observadora.

—Y usted muy mentiroso.

—Ha ganado. Son heridas de bala.

—Lo imaginé. Cuénteme cómo le hirieron, Jim.

—Escribí una serie de reportajes sobre la corrupción criminal en mi país. Ya sabe, los grandes traficantes de drogas, los poderosos

sindicatos del crimen que corrompen cuanto tocan y todo eso. Recibí algunas amenazas como ya era de esperar. Entonces descubrí la pista de alguien que podía resultar la bomba final de mi seria Cuando fui en su busca estaban esperándome.

—¿Fue usted solo?

—Por supuesto. Era la única manera de hacerlo. Se armó una auténtica batalla y casi se salieron con la suya.

—¿Y...?

—Cuando la policía llegó, encontraron tres pistoleros muertos, dos más heridos y yo en las últimas. Los heridos hablaron, los periódicos armaron el mayor escándalo de la historia y cayeron algunas cabezas de grandes jerifaltes del crimen, eso es todo.

Ella ladeó el cuerpo, incorporándose a medias para apoyarse sobre un codo y mirarle con extrañas chispas de luz en sus pupilas azules.

—Del modo como lo cuenta cualquiera diría que fue una cosa sencilla...

—Reconozco que fue terrible. Cuando desperté en el hospital no quería creer que estuviera vivo.

—Y entonces vino aquí.

—Eso fue después. Estuve tres meses con el pellejo en la balanza, antes que los médicos me dejaran escapar.

Tras un corto silencio ella susurró:

—¿Y cree que valió la pena, Jim?

—¿Qué quiere decir?

—Arriesgar la vida de ese modo, pasar lo que pasó, sólo por unos simples reportajes.

—No era sólo por los reportajes. Era lo que había detrás de ellos, lo que podía conseguirse para la sociedad con su publicación. Además, es mi trabajo.

—No lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprende?

—Que un hombre ponga la vida en la balanza por razones tan poco prácticas. La sociedad no le agradecerá lo que hizo por ella, eso es seguro.

—Pero será un poco más limpia.

—¿Por cuánto tiempo? En cierta forma, son más lógicas las razones de los hombres que lucharon con usted... Ellos defendían

una fortuna, su bienestar, aunque fuera conseguido al margen de la ley.

—¿Quién la convirtió en una máquina de calcular, Sharon?
Ella soltó una carcajada.

—¿Eso es todo lo que usted cree que soy?

—Poco más o menos. Reconozco que con la carrocería más hermosa que he visto jamás, pero su mente es una computadora.

—Sería fácil hacerle cambiar de opinión...

Se inclinó sobre él despacio, muy despacio, hasta que su boca se aplastó contra la de Jim.

Hasta que Jim, apartándose un poco, dijo:

—¿Sigues calculándolo todo a base de números, querida?

—No todo, pero sí los riesgos que tú corriste. Para una cosa así debieran haberte pagado una fortuna.

—¿Te la pagaron a ti anoche, Sharon?

La hermosa rubia dio un respingo, incorporándose a medias.

—¡Jim! ¿A qué viene eso?

El apenas se movió. Sonrió sin alegría y añadió:

—Te he preguntado si te pagaron una fortuna por sonsacarme anoche, cuando preparaste tu encuentro conmigo.

—Estás loco...

—Esta vez no. Querían saber dónde me alojaba. Te utilizaron a ti, con tu historia de soledad. Fue un trabajo fácil.

—¿De veras crees eso, Jim?

—¿Creerlo? Estoy seguro. Nadie más en toda la isla sabía dónde podían encontrarme, excepto tú, después que realizaste tu representación con el cuento de la llamada telefónica para esta mañana. Debe haber sido una desagradable sorpresa cuando te han dicho que debías continuar adelante con la representación porque el golpe les falló...

Sharon se levantó de un salto.

—Si es eso lo que crees de mí, mejor será que no volvamos a vernos nunca más, Jim Dawson.

El alargó la mano y la aferró por el tobillo. De un tirón la derribó sobre la arena, a su lado.

—No tan deprisa, cariño. Hay algunas cosas que debes decirme, aunque sólo sea en compensación de tu sucia jugada.

—¡Suéltame! —gritó la muchacha—. ¡Suéltame, maldito seas!

—Tranquilízate, no pienso retorcerte el pescuezo a pesar de que es lo que debiera hacer. ¿Te dijeron lo que había pasado en mi *bungalow*?

Ella no replicó. Estaba pálida y sus ojos relampagueaban de ira.

—Bueno —continuó él, flemático—, uno de mis dos visitantes acabó con el cuello roto, a pesar de su cuchillo. El otro escapó, pero con una muñeca rota. Tardará algún tiempo en empuñar otra navaja.

—No sé de qué me estás hablando.

—Eres testaruda, ¿eh? Mira, yo conozco bien mis posibilidades de cara a las mujeres. Tengo cierta confianza en mí mismo a este respecto, de modo que sé hasta dónde llega mi atractivo... mi *sex appeal*, podríamos decir. Por eso, la manera tan endiabladamente sencilla como te dejaste convencer me escamó desde el principio.

—Estás diciendo tonterías. ¿Puedo irme ya?

—Aún no. Primero dime quién organizó la comedia... y por qué. Iban a matarme, como mataron a un mestizo llamado Bruno y a otro desgraciado... el capitán Gage. Las dos veces estuve a punto de estropearles el trabajo. ¿Por qué toda esa matanza, primor?

Sentada en la arena, ella evitó mirarle y no respondió.

Jim dijo suavemente:

—Yo también puedo ser muy rudo si me obligas, nena. Sobre todo, cuando es mi pellejo el que está en juego.

—Cuando te canses de hablar me iré.

—Eso será más tarde en todo caso. No has respondido a ninguna de mis preguntas.

La rubia se encogió de hombros.

—Si preguntas estupideces, ¿qué respuestas puedes esperar?

—Convéncete de que esta actitud no te llevará a nada bueno. Por lo menos, conmigo. Soy un hueso muy duro, nena, pero también muy olvidadizo. Si hablas, incluso puedo olvidarme de que gracias a ti, aquellos dos matarifes estaban esperándome en la oscuridad con los cuchillos en ristre.

—Sólo voy a decirte una cosa, Jim Dawson... ¡Eres odioso!

—Pero estoy vivo.

—¿Puedo irme ya?

El suspiró, incorporándose.

—No pensarás dejarme abandonado en este lugar tan alejado de

la ciudad, encanto.

—¡Si esperas que después de esto te lleve en mi coche...!

—Eso es justamente lo que vas a hacer. Nunca he viajado en un bólido como el tuyo. Será una experiencia nueva.

Resueltamente, ella se encaminó a los escalones labrados en la roca y comenzó a subir.

Jim la alcanzó a la mitad de recorrido, sin haber tenido tiempo de abrocharse la camisa.

Una vez arriba, ella se enfundó el ligero vestido que había llevado en la mano. Seguía muy pálida y sus ojos expresaban sin sombra de duda lo que sentía.

Jim pasó sus largas piernas por encima de la portezuela y se hundió en el asiento, mientras Sharon se instalaba ante el volante.

El motor lanzó un rugido al ponerse en marcha. Después, su sordo latido demostró la fantástica potencia que ocultaba.

—Deben pagarte espléndidamente para disponer de un cacharro como éste, nena.

—Te dejaré en la primera calle que encontremos, y si alguna vez vuelvo a verte soy capaz de aplastarte bajo las ruedas...

—Eso será si te pagan bien por hacerlo, ¿no es cierto?

—¡Estoy empezando a lamentar que esos hombres de anoche no terminaran su trabajo...!

—¿Y quién te hubiera acompañado a la playa esta mañana?

—¡Condenado...!

—Tranquila. No quisiera que estrellaras el coche llevándome a mí de pasajero.

La ciudad apareció de pronto. Tal como había dicho, ella detuvo el auto junto a la acera y barbotó:

—Ahora, lárgate. No quiero volver a verte nunca más.

—No lo dices en serio.

—¡Fuera!

El sacudió la cabeza.

—Sigue adelante. Tienes dos alternativas, querida. O hacer lo que yo te diga, o conducir hacia la comisaría. Sí, ya sé que no tengo pruebas de tu intervención en este embrollo, pero una vez el sargento Burrows escuche lo que vamos a contarle, él se ocupará de escarbar lo suficiente para sacar el fango a la superficie.

—¡Por última vez, lárgate y déjame en paz!

El se arrellanó en el asiento, con sus largas piernas encogidas en aquel reducido espacio.

—Ni lo sueñes. ¿Sabes dónde está la comisaría del puerto?

Ella lanzó un quejido y pareció derrumbarse de golpe.

—¡Por favor, Jim!

—Dime quién organizó esta fiesta y te dejaré en paz.

—¡No sé nada!

—Testaruda hasta el final.

De pronto, moviéndose como un torbellino, ella cerró el contacto, sacó las llaves y saltó del coche antes que Jim pudiera reaccionar.

La vio atravesar la calle como una gacela asustada. Se incorporó con dificultad y abrió la portezuela. Algunas cabezas se volvían llenas de curiosidad.

Un taxi paró al otro lado de la calle. Sharon saltó a él y el auto arrancó alejándose a creciente velocidad.

Jim maldijo en todos los tonos. Se reprochó por no haberla obligado a hablar allá en la playa, utilizando cualquier otro método más violento que el sarcasmo.

Ahora, ella alertaría a sus cómplices y todo sería mucho más difícil...

La gente continuaba mirándole con burlona curiosidad. Disgustado, para evitar sospechas, volvió a sentarse en el coche y aprovechó el tiempo dándole vueltas a la imaginación.

Minutos después buscó la patente del auto y leyó el nombre del propietario.

Aquello resultó otra sorpresa, porque el «Jaguar» no pertenecía a la espectacular rubia, sino a alguien llamado Staton Ralson, con una dirección de cierto Bridge Court, número treinta.

Con estos nuevos datos complicando el cuadro de sus pensamientos, Jim Dawson abandonó el rojo bólido y echó a andar hacia el centro.

CAPÍTULO VII

Era casi la hora de comer cuando llegó al Albergue. Ya no quedaban más que tres o cuatro rezagados junto a la piscina, pero uno de ellos fue para él una sorpresa.

La señora Field, con el cuerpo adornado por un escueto bikini de colores vivos, era algo digno de verse con detenimiento.

Jim se detuvo junto al parasol bajo el que ella estaba refugiada. La mujer tenía los ojos cerrados y parecía dormir.

Repentinamente abrió los ojos con un leve sobresalto. Parpadeó y sonrió.

—¿Hace mucho que está usted aquí, señor Dawson?

—Acabo de llegar. Pero si hubiese sabido la deliciosa imagen que me esperaba hubiera venido mucho antes.

—Es usted un adulator...

—¿Es que no acostumbran usar espejos en esta isla?

—Cambie de conversación o me iré de aquí.

—Eso sería imperdonable.

—¿No se baña usted?

—Es demasiado tarde. Quiero ducharme todavía y cambiarme de ropa. Pero me gustaría mucho invitarla a un aperitivo, si se acostumbra tomarlo aquí.

—Puede encargarse un cóctel...

—Muy bien. Pero no vaya a desaparecer mientras busco a alguien que nos sirva.

Se fue y cuando regresó ella continuaba en la misma posición, como si no se hubiera movido.

—Los traerán en unos minutos —anunció.

Acercó una silla y se acomodó junto a la mujer.

—¿Le ha pasado el enfado por lo de anoche? —preguntó.

—No estaba enfadada con usted, señor Dawson.

—Señor Dawson, señora Fields... ¿No podríamos simplificar un

poco las cosas?

Ella rió.

—Está bien, pero sólo cuando no haya otros huéspedes cerca. Me llamo Carlotta.

Una camarera llegó con los dos martinis. Cuando se alejó, él levantó la empañada copa y brindó en silencio.

Bebieron sin dejar de mirarse. Y ella le sorprendió de nuevo con una pregunta que Jim no esperaba.

—¿Qué siente usted después de haber matado un hombre, Jim?

—Éste es un tema demasiado lúgubre para la hora del aperitivo.

—Me intriga.

—No fue agradable. Nunca lo es. En realidad es algo horrible, odioso. Pero era su vida o la mía. No se me ocurre otra respuesta.

—No estaba usted muy alterado cuando le vi... después de que luchara con aquellos dos bandidos.

—Eso creyó usted.

Ella se incorporó para poder mirarle de frente.

—Jim —susurró—. ¿Por qué querían matarle?

—No lo sé con exactitud. Ellos pensaban que yo sabía algo que en realidad ignoro. Pero ¿no hay otros temas más sugestivos de conversación? Por ejemplo, usted.

—Mi vida es perfectamente rutinaria.

—Todo el mundo la llama «señora Fields»... ¿Hay un señor Fields en alguna parte acaso?

Ella sonrió.

—Lo hubo.

—¿Murió?

—Nos separamos. Hace mucho tiempo de ello. Lo he olvidado. Es algo lejano que quedó muy atrás.

—Comprendo.

Apuraron los martinis y ella se levantó.

—He de ir a vestirme para disponer el almuerzo. Los huéspedes estarán hambrientos.

—Yo lo estoy por lo menos, pero no se apresure, puedo resistirlo. Dígame, Carlotta, ¿nunca sale usted de aquí?

—¿De la isla quiere decir?

—Del Albergue.

—Naturalmente que sí. Algunas tardes voy a visitar a mis

amigas, o al cine, o de compras... ¿Por qué lo pregunta?

—Pensaba que sería muy agradable dar un paseo con usted. Necesito alguien que vaya explicándome los lugares interesantes, la historia de la isla y cosas así.

—Veré qué puedo hacer. Es una ley no escrita complacer al turista, ya sabe.

Riendo, se alejó hasta desaparecer en el edificio de la administración.

Jim se encerró en su alojamiento sin poder borrar de sus retinas la bellísima imagen de Carlotta, ni el profundo abismo que parecía abrirse detrás de sus grandes ojos negros...

Cuando el sol perdió su virulencia, Jim abandonó el *bungalow* sin ver ni rastro de la administradora.

Anduvo tranquilamente hasta la Redacción del diario local y después de un par de consultas logró que le dejaran examinar los números en los que se había dado cuenta del naufragio del capitán Gage.

Foco más o menos, era tal como lo había contado el sargento.

El viejo carguero, sorprendido por una galerna, no había podido resistir el embate de las olas. A juzgar por las escuetas declaraciones del capitán, después de su afortunado salvamento en alta mar, el buque se había partido en pedazos antes de hundirse. Ésa fue la razón de que los tres tripulantes perecieran en la tragedia.

Seguía detallando sus vicisitudes al verse solo, flotando en las revueltas aguas aferrado a un pedazo de madera. Así fue encontrado, exhausto y debilitado.

Una historia como tantas otras.

Pero Jim quería saber algo más, algo que no se mencionaba en aquellos números del periódico de trece meses atrás.

Dio un vistazo a la firma de los reportajes. Cuando devolvió el grueso volumen le preguntó el encargado del archivo.

—¿Dónde podría encontrar a Donleavey Brand?

—Posiblemente estará haciendo los posibles para agotar las existencias de cerveza del León Dorado, ahí, en la esquina. Pero si quiere usted un consejo, amigo, no le llame Donleavey si quiere hacer buenas migas con él.

—Bueno, así firma sus reportajes.

—Ésa es otra... Utiliza el nombre completo para firmar, pero se enfurece si le llaman así.

—Ya veo...

—De todos modos, es más práctico llamarle Don. Corto, y a él le gusta.

—Lo recordaré.

El León Dorado era un establecimiento que parecía trasladado desde la vieja Inglaterra desde los cimientos hasta el tejado. Una taberna del más puro estilo británico.

A la hora en que Jim entró no había más allá de media docena de parroquianos.

Sólo uno de ellos bebía cerveza, sentado solo en una mesa del fondo. Fue directamente hacia él y dijo:

—Usted debe de ser Don Brand.

—Lo era la última vez que me miré al espejo. Y usted, ¿quién es?

—Jim Dawson. ¿Puedo sentarme?

—Para eso están las sillas. Oiga, la cerveza es excelente, mejor que el ron.

—Beberé cerveza.

El reportero local dio una voz y el cantinero acudió con dos grandes jarras coronadas de espuma.

—Y ahora, dispare. ¿Por qué me busca, Dawson?

—Acabo de salir del archivo de su periódico.

—¿Y...?

—He leído sus reportajes sobre el naufragio del capitán Gage.

—Una pequeña obra maestra —cacareó Brand—. Extensa y no dice nada.

—Ya me di cuenta. ¿Por qué?

—Porque no había nada que decir. Fue un suceso vulgar, pero por aquellas fechas no había nada mejor y había que explotar todo lo que salía. Además, el maldito Gage nunca hablaba demasiado... había que sacarle los detalles con unas tenazas.

—Usted hizo un buen trabajo, pero yo quiero saber algo más.

—Beba su cerveza.

Bebieron. Brandapuró más de la mitad de la suya de un trago.

Después dijo:

—Mire, Dawson, no nos engañemos usted y yo. Jim Dawson...

He leído muchos de sus reportajes, aunque aquí los periódicos de Los Ángeles lleguen con mucho retraso. ¿Detrás de qué anda ahora?

—No lo sé.

—Si trata de escurrir el bulto...

—Le aseguro que no sé por dónde ando. Pero lo sabré, y entonces le pondré al corriente.

—Eso era lo que quería decirle. No me gustaría que si algo interesante ocurre aquí, me deje usted de lado.

—Vamos a lo que me interesa saber. ¿De qué puerto había zarpado Gage cuando naufragó? Y también quiero saber a qué puerto se dirigía. Nada de eso se menciona en sus artículos.

—Gage nunca lo dijo. Era un fulano muy obstinado.

—¿Era?

—No me venga con cuentos. Usted sabe que le asesinaron la noche pasada. Hablé con el sargento Burrows.

—Ya veo.

—Ahora, déjese de rodeos. A él le mataron, justamente cuando aparece usted haciendo preguntas sobre ese viejo suceso. ¿Qué es lo que se está cociendo, Dawson?

—Palabra que no lo sé. Estoy desconcertado.

—No le creo.

Jim acabó su cerveza. Levantándose, prometiese.

—Le diré lo que descubra, si es que descubre algo de interés, cosa que empiezo a dudar.

—No deje de hacerlo...

Abandonó la taberna.

Unos minutos después, el reportero local pagó las bebidas y también salió, ceñudo y pensativo.

CAPÍTULO VIII

Carlotta Fields llevaba un vestido de noche negro sin espalda. El escote en forma de Y semejaba un abismo por el que pudiera desvelarse un misterio.

—Dos veces por semana organizamos un pequeño festejo únicamente para los huéspedes —explicó, apurando su taza de café.

Fuera, en la terraza y al borde de la piscina, algunos matrimonios bailaban con la cadenciosa música de un tocadiscos.

Jim dijo:

—¿Y eso la divierte a usted?

—No siempre. Por lo general bailo muy poco. La mayoría de mis clientes son matrimonios... parejas. Ahora mismo, usted es el único huésped solitario que tenemos.

—Entonces exijo atención preferente de su parte, Carlotta.

—¿No la tiene acaso?

—En parte solamente. ¿Dónde podríamos hablar usted y yo sin que nos interrumpieran?

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Debo advertirle que no acostumbro visitar los alojamientos de los huéspedes a menos que sea por motivos estrictamente profesionales.

—¿No es una obligación profesional atenderme a mí?

—En su parte, pero no en su *bungalow*.

—Entonces, ¿dónde?

Ella dejó su taza vacía. Paseó la mirada por encima de la clientela que parecía divertirse mucho más allá fuera.

—Venga, Jim —dijo.

Salieron por una puerta lateral al otro lado del jardín.

Enormes árboles crecían allí y el césped era mullido como un tapiz. Las luces quedaban lejos y sólo un pálido reflejo despejaba las sombras.

El la siguió a través del césped hasta la sombra de los árboles más lejanos.

—Me encanta este lugar —musitó—. Suelo venir muchas noches, cuando he terminado el trabajo. Fumo un cigarrillo, tendida en el césped, y miro el mar, las estrellas, las luces de los barcos que pasan allá lejos...

Poco a poco se tendió sobre la hierba. La música de la terraza era apenas un susurro armonioso que se mezclaba con el del viento entre la arboleda.

—Venga aquí, Jim, a mi lado...

El se dejó caer sobre el césped, junto a ella. El aire estaba saturado de extraños aromas, pero el perfume que se desprendía del cuerpo de Carlotta se le antojó penetrante y turbador como un sueño.

Con voz queda, ella musitó:

—Ahora, hable, Jim.

—Lo has estropeado todo, Carlotta.

—¿Por qué?

—Por traerme aquí. Ahora ya no sé qué era realmente lo que quería hablar contigo.

—¿Por qué? —repitió en el mismo tono.

—Quería preguntarte sobre ciertas gentes de la ciudad. Tú debes conocerlas. Después de todo, éste es un lugar pequeño. Pero a tu lado, aquí, eso pierde importancia y tú la ganas.

—Eso es muy halagador.

—No trato de halagarte, créeme.

Ella ladeó la cabeza en la oscuridad. Sus ojos, en aquella penumbra, parecían fosforescentes.

—Déjame decirte una cosa, Jim, antes de que continúes.

—Adelante.

—Desde que me separé de él... de mi marido, nunca he permitido que ningún otro hombre entrara en mi vida.

—¿Y...?

—Me volví muy celosa de mi libertad, de mi independencia. En el fondo creo que tengo miedo.

—¿De los hombres en general, o te refieres a mí?

—De los hombres en general. No hubo ninguno que lograra hacerme vacilar de mis convicciones siquiera.

—¿Y ahora?

—Ahora tú estás aquí.

—Exactamente, Carlotta, ¿qué es lo que quieres decir?

—Esto, si todo lo que buscas es un pasatiempo, pasar un rato agradable conmigo... no lo hagas, Jim. Podrías hacerme mucho daño, trastornar todo mi sistema de vida... no sé.

—¿Y si no fuera así, si yo quisiera algo más que pasar un rato agradable contigo?

—Entonces, aquí estoy, Jim.

Con una ternura como no sintiera nunca antes, él la rodeó con sus brazos, viendo los ojos profundos y negros muy cerca de los suyos.

Con voz como un susurro, ella musitó:

—Sabía que un día eso había de suceder... tú llegarías y la noche volvería a ser azul y llena de vida, y seríamos dos a contemplarla. Jim..., ¿por qué tardaste tanto?

Por toda respuesta, él la besó.

Carlotta murmuró:

—Enciéndeme un cigarrillo, Jim.

Estaba tendida de espaldas, con la cabeza apoyada en el hombro de él. Las estrellas parecían reflejarse en sus ojos.

El encendió un cigarrillo y le colocó uno entre los labios.

—Ahora, pregúntame por esas gentes de la ciudad —sugirió la mujer.

—Empiezo a dudar de que nada de todo lo que me preocupaba tenga importancia.

—A mí me interesa todo lo que te concierne.

—A mí me interesas tú.

—Ya me tienes. Por entero. Sin trabas.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero?

—Yo a ti sí.

El ladeó la cabeza para poder besarla en la comisura de los labios.

Carlotta susurró:

—Las preguntas, querido.

—Está bien. ¿Quién es Staunton Ralson?

—Un hombre rico, propietario de algunos negocios turbios.

—¿Casado?

—Viudo. Su mujer murió en un accidente hace tiempo. La gente se distrae despellejándole, pero es un hombre temible, Jim.

—¿Le conoces personalmente?

—No. Ese hombre corrompe todo lo que toca.

—Muy bien, eres una enciclopedia, linda. Otro capítulo. Una mujer rubia. Se llama Sharon, pero ignoro su apellido...

—Y se exhibe en un coche rojo.

—Un «Jaguar».

Carlotta suspiró.

—Es la amante de Ralson.

—¿Estás segura?

—*Vox populi* —rió—. No hay ninguna duda.

El guardó silencio unos instantes.

—Esa dama representó una escena de gran guiñol, no creas. Olvidó que he navegado mucho en mi vida para morder semejante carnada.

—¿Qué tiene de malo como camada?

—Si algún día tienes celos, será de una mujer muy distinta de ésta...

—Más nombres, querido.

—No hay más por el momento.

—Entonces, regresemos. Es muy tarde y comenzarán a echarme de menos.

—¿Te veré después?

—Esta noche no, Jim. Necesito estar sola, reflexionar... y revivir.

Levantándose, la besó antes de encaminarse hacia la casa.

Ninguno de los dos vio la sombra que parecía desprenderse del tronco de un árbol y permanecía allí, inmóvil, siguiéndole con la mirada.

No obstante, alguien sí la vio.

CAPÍTULO IX

Mario, el empleado mestizo, dijo:

—Así es, señor; había un hombre oculto entre los árboles.

Jim encajó las mandíbulas lleno de ira.

—¿Está seguro?

—Le vi moverse cuando ustedes se alejaban.

—Lo cual evidencia que usted también nos espiaba.

Mario sacudió la cabeza.

—No, señor. Les vi cuando se fueron..., la señora suele ir a ese sitio algunas noches, sola. Yo vigilo. Pero esta noche no. Ella estaba con usted.

—¿Por qué la vigila, lo sabe ella?

—La señora no sabe nada de eso. Pero yo sé que deambulan malhechores de la peor calaña por todas partes. Algunos de ellos son como salvajes...

—Entiendo. Escúcheme, vamos a tratar de sorprender a ése espía. Usted irá por el lado del mar. Yo daré un rodeo y llegaré por el lado opuesto. Si aún está allí, límitese a vigilarlo hasta que yo le cace. ¿Comprende, Mario?

—Seguro.

—No se arriesgue. Seguramente va armado.

—Descuide.

El mestizo se fue apresuradamente.

Jim apagó las luces y corrió agazapado por detrás de los numerosos *bungalows*. Necesitó dar un gran rodeo antes de aproximarse al lugar donde esa noche había alcanzado las cimas de la felicidad.

Y con un testigo. Eso le llenaba de ira.

Adoptó nuevas precauciones. El césped amortiguaba sus pasos, y cuando avanzaba ahora lo hacía guareciéndose detrás de los gruesos troncos.

Cuando descubrió al intruso éste comenzaba a alejarse en dirección a la casa principal del Albergue del Paraíso.

Avanzaba despacio, cauteloso como un animal de presa.

Jim sabía que era una temeridad atacarle a aquella distancia estando desarmado. No podía confiar en sus fuerzas a causa de la debilidad y su frágil cicatriz. Pero era preciso detenerlo.

Fue tras él rápidamente, pisando de manera que el césped ahogara sus pasos. No obstante, cuando aún le faltaba un trecho para alcanzarle, el hombre se revolvió como una centella.

Los dos se detuvieron. El desconocido se llevó una mano al sobaco y gruñó con un extraño acento:

—¡Váyase, le mataré si...!

Se interrumpió de pronto y sacó una pistola.

—¡Usted! —jadeó.

Rígido, Jim trató de verle el rostro, pero el hombre era sólo una mancha más oscura que la noche.

De pronto, tras el desconocido, silencioso como una sombra, apareció Mario deslizándose poco a poco.

Era preciso distraer al intruso.

—Usted parece conocerme —dijo—. ¿De qué, quién es usted?

La pistola le apuntaba, firme en una mano como una roca.

—Vine en su busca —murmuró de pronto—. No estaba seguro de cómo me recibiría y adopté precauciones.

—Y por eso estuvo espiando entre los árboles. ¿Se divirtió usted mucho?

—No soy lo que cree, señor Dawson. Cuando les vi juntos, abrazados, retrocedí. Sólo me acerqué cuando oí que se marchaban.

Mario estaba ya muy cerca, agazapado como un tigre.

Jim gruñó:

—Si todo lo que quería era hablarme, ¿por qué no me llamó abiertamente?

—Estaba la señorita. No quería arriesgarme. Me proponía hablarle ahora, a solas, en su cuarto.

—¿Hablarle con una pistola?

—Le repito que no soy lo que imagina. Puedo explicárselo, señor. Yo...

Nunca terminó. Mario dio un tremendo salto y cayó sobre él derribándole.

El hombre lanzó un grito y golpeó a ciegas. Jim estuvo junto a los dos y aferró la muñeca armada, retorciéndola sin piedad hasta que pudo arrebatarse la pistola automática.

—¡Levántese, amigo! Puede soltarle, Mario, ya es nuestro.

Entonces, cuando el desconocido se levantó farfullando entre dientes, pudo verle el rostro.

Tendría unos veintiocho años y su tez era oscura, tal vez tostada por el sol. De facciones regulares, sus ojos negros chispeaban de furia.

—Eche a andar —ordenó Jim—. Hablaremos en mi *bungalow*. Pero si trata de escapar, esta pistola le detendrá.

Mario gruñó:

—Debería darle un buen repaso, señor.

—Tal vez lo haga si sus explicaciones no me convencen. Andando.

Bajo la luz de su cuarto, Jim escrutó la cara de su prisionero.

—¿Qué le parece, Mario, es de la isla? —preguntó.

—Seguro que no. Habla español.

—Ya veo. ¿Cómo se llama?

El hombre señaló al mestizo.

—¿He de hablar delante de él?

—Fue Mario quien le cazó. Tiene derecho a oír su historia.

—Mi nombre es Raúl Mendes.

—No se detenga ahora.

—Preferiría hablarle a solas.

—Eso está descartado.

—Está bien..., se lo diré todo. Es la única manera de adelantarnos a esos malditos...

—No hable en acertijos.

—Todo se reduce a lo que usted sepa por mediación del hombre llamado Bruno.

—¿El mestizo asesinado?

—Sí, pero no era mestizo, sino cubano.

—¡Cubano!

—Igual que yo.

—De modo que usted también cree que él me confió algo importante antes de morir.

—Pudo hacerlo, puesto que estaba vivo cuando usted llegó a su

lado.

—Mire, todo lo que aquel desgraciado dijo fue que buscara al capitán Gage porque iban a matarle. Y lo hicieron. También allí llegué demasiado tarde.

—¿Nada más?

Su voz ya no era tan segura.

Jim sacudió la cabeza.

—Eso fue todo.

—Habíamos puesto tantas esperanzas en usted..., a pesar de que no estábamos seguros respecto a su colaboración.

—Habla en plural. ¿Cuántos son ustedes?

—Otro y yo. Vinimos tres, pero Bruno murió.

—Y ustedes hicieron desaparecer el cadáver..., ahora lo comprendo.

—No podíamos dejar que la policía lo encontrara.

—Está bien, ahora veamos qué es lo que andan buscando.

Raúl Mendes titubeó. Miró de soslayo al mestizo y no le gustó su presencia.

—Se lo diré —dijo cansadamente—. Temo que de todos modos no consigamos nada ahora que el capitán Gage ha muerto.

—¿A manos de quién, lo sabe usted, Mendes?

—Sí.

—Bueno. Continúe.

—Queremos encontrar el último cargamento que Gage transportó en su carguero.

—¡Pero el barco se hundió! Debió perderse lo que transportaba...

—Ahora estamos seguros que no. Y sabemos casi con seguridad lo ocurrido.

—Al grano, Mendes. No vamos a pasarnos aquí toda la noche.

—Buck Gage había realizado muchos viajes por nuestra cuenta. Transportaba armas, ¿comprende ahora? Armas para los patriotas cubanos.

—¿A qué llama usted patriotas?

—Dejemos el aspecto político de la cuestión. El llevaba armas y se le pagaba bien. Nosotros establecíamos los lugares de embarques y pagábamos los cargamentos. Bien, el último era importante..., extremadamente importante. Para el pago hubo una serie de

dificultades..., se trataba de cinco millones de dólares en oro.

—Un buen pellizco.

—Gage había colaborado siempre a satisfacción. Decidimos confiar en él y cargamos las cajas con lingotes en su barco.

—Y entonces la galerna lo hundió.

El cubano sacudió la cabeza.

—Al principio lo creíamos así, pero después, pensándolo con calma, comprendimos que incluso con el mal buque que manejaba, tuvo tiempo sobrado de librarse del temporal. Llegamos a la conclusión de que se dirigió a algún lugar que sólo él conocía, ocultó el oro y regresó a altar mar. No podía ignorar que la galerna estaba prácticamente a punto de estallar. Bueno, amarró el buque en una ensenada abrigada de cualquier islote..., las hay a miles en el Caribe, y esperó a que pasara el fuerte de la galerna...

—Un momento —le atajó Jim—. Gage llevaba tres hombres más a bordo.

—Sí, pero no pensaba repartir con ellos, de eso puede estar seguro. Los mató tan pronto la furia del temporal amainó. Entonces, todo lo que tuvo que hacer, fue conducir su barco algunas millas, hundirlo, o hacerlo estallar, y él esperar a que fuera descubierto. No corría un riesgo demasiado grande puesto que se cuidó muy bien de colocarse en mitad de la ruta que siguen invariablemente varios buques de línea.

—Muy bien, Mendes, es una historia asombrosa. Pero nada prueba que es verdad. ¿Cómo saben ustedes que el oro no se hundió con el barco?

—Hemos vigilado a Gage durante mucho tiempo. Ha vivido bien con lo poco que pudo sacar del seguro, pero estaba a punto de agotar sus reservas.

—¿Y...?

—Hace un mes compró un equipo completo de inmersión. Redoblamos nuestra vigilancia, pero se nos escabulló en el último instante. Alquiló una lancha motora de gran velocidad y se hizo a la mar. Volvió al día siguiente. Además del equipo de bucear, traía un lingote de oro.

—Comprendo.

—Decidimos actuar sin demora, pero de nuevo llegamos demasiado tarde aquella noche. Gage sabía que no podía ir de

tienda en tienda ofreciendo su oro, así que fue a entrevistarse con un hombre rico para vendérselo. Después de la operación se emborrachó como un cerdo.

—¡Un momento! El hombre al que Gage ofreció y vendió el lingote, ¿se llama Ralson?

—Así es. Y los hombres que mataron a Gage trabajan para él.

—Ahora comprendo que le torturasen de aquel modo..., querían saber dónde había escondido el oro.

—Pero no lo consiguieron. Nosotros esperábamos que tuvieran éxito en su trabajo sucio. Después, todo lo que nos quedaba por hacer, era seguirlos y caerles encima en el momento justo en que tuviesen los lingotes en su poder. Ahora, el oro se ha perdido para todos.

Mario no había despegado los labios. Estaba apoyado contra la pared, muy atento.

Entonces avanzó y dijo:

—Quizá dejó una carta de navegación con indicaciones del escondite.

—No era tan tonto.

—Yo registré su casa —reveló Jim, ceñudo—. No encontré ningún plano ni nada parecido. No había nada de interés allí.

El cubano demostró la impresión que semejante revelación le producía.

—¿De veras lo registró usted todo? —insistió.

—De arriba abajo. Aparte del desorden, no encontré nada. Bueno, excepto este trozo de coral.

Lo sacó del bolsillo. El cubano le dio un vistazo desprovisto de interés.

Pero Mario exclamó:

—Qué extraño..., coral azul... arrancado hace poco tiempo y, no obstante, ya casi petrificado.

—¿Qué hay de raro en eso?

—Si fuera coral rojo, nada. Pero éste es azul...

Mendes comenzaba a interesarse.

—¡Vamos, termine! —Gruñó.

—Que yo sepa, sólo se encuentra coral como éste en una pequeña isla sin vegetación llamada Desolación. Es apenas un promontorio rocoso a casi cien millas de aquí.

—¿Y está seguro que ese coral azul fue arrancado hace poco tiempo?

—Una semana todo lo más, señor Dawson. Fui pescador durante muchos años, ¿sabe?

—Bueno...

—Hay una gran barrera de ese coral protegiendo la costa norte del islote Desolación.

Mendes murmuró:

—Es algo descabellado..., basarlo todo en ese pedazo de coral. Pero es lo único que tenerlos.

—¿Quiere decir que irán ustedes a ese islote?

—Con toda seguridad.

—Muy bien, les acompañaré.

—¿Usted?

—Seguro. El oro será de ustedes, si es que realmente se encuentra allí, y ustedes me convencerán de su propiedad. Pero la historia me pertenecerá por entero.

—¿No cuenta usted con los asesinos de Ralson?

—Nos ocuparemos de ellos a su debido tiempo.

—Ahora debo irme. Mi compañero estará impaciente. Volveré a verle durante el día, después que hayamos contratado una motora.

—Está bien. Confío en que no lo olvidará usted, Mendes.

—¿Cómo podría olvidarlo? Si encontramos el oro se lo deberemos a usted..., y usted también con sus conocimientos.

Mario enseñó los dientes en una sonrisa.

Raúl Mendes se fue llevándose una pista que podía valer cinco millones de dólares..., en oro nada menos.

CAPÍTULO X

El hombre irrumpió violentamente en la residencia de Staunton Ralson.

—¡Nos la están jugando, patrón! —anunció, furioso.

Ralson era un hombre corpulento, de ojos diminutos y tez pálida. Todo él daba una sensación de fuerza y vitalidad animal.

—¿De qué hablas? —Gruñó.

Detrás del recién llegado apareció otro que llevaba la muñeca derecha escayolada.

—Ese tipo, Dawson..., ha tenido una larga conferencia con uno de los cubanos.

Ralson pegó un brinco.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Cuando yo llegué para vigilarle ya estaban encerrados dentro. No pude oír lo que hablaban porque estaba bien cerrado, pero cuando el tipo salió pude reconocerle. Era uno de los cubanos.

—¡Condenación! ¿Lo habrán descubierto ellos? Tú, Kern, llama a Sharon.

El de la muñeca rota se fue precipitadamente.

—Aunque, pensándolo bien, no comprendo cómo han podido averiguarlo, si es que lo saben... La estupidez de matar a Gage antes de tiempo lo estropeó todo...

—Gage se murió él solo, patrón. No sé lo que pasó, pero se nos quedó entre los dedos sin más. Quizá le falló el corazón.

—¡Historias! Te pasaste de rosca con el cuchillo, eso es todo.

El pistolero sacudió la cabeza, pero no insistió.

Sharon entró envuelta en un salto de cama a través del cual podía admirarse toda la belleza de su cuerpo. El rufián la miró de arriba abajo, pero a continuación desvió sus ojos a otra parte porque conocía bien a su jefe.

Ralson soltó un gruñido de disgusto.

—Cuando quieras exhibirte, hazlo para mí solo —rezongó.

—Creí que estabas solo ahora.

—No importa... Sube arriba, vístete como tú sabes hacerlo y vuelve aquí. Irás al encuentro del americano otra vez.

—¿De Dawson?

Su voz tembló.

—Sí. Y date prisa.

—¿Para qué? Te dije que me había descubierto. Adivinó toda la jugada.

—Incluso así. Tengo un plan y tú harás que salga como yo quiero. Le ajustaré las cuentas a ese tipejo.

Ella no se movió. Ralson estaba encendiendo un cigarrillo y de pronto levantó la mirada.

—¿Qué infiernos esperas? ¡Te dije que te dieras prisa!

—No lo haré, Stan. Esta vez no.

El palideció.

—¿Qué dijiste?

—Que no cuentes conmigo. Ya hubo demasiada sangre. Si hubiera sabido...

—¡Tú harás lo que te ordene, zorra!

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

Rojo de ira, Ralson se precipitó hacia la muchacha y la abofeteó brutalmente.

—¡Vístete! —rugió.

Ella estaba acurrucada junto al diván. No obstante, dijo con voz más firme que antes:

—No lo haré. Nunca más..., creo que siempre sospeché la clase de hombre que eras, cruel, sucio, sin freno para tu salvajismo... No, Stan, nunca más.

Un relámpago pasó por la mirada del hombre.

—¿Es tu última palabra? —barbotó.

—Esta vez sí. Nada me hará cambiar. He llegado a odiarme a mí misma a causa de todo esto.

—Muy bien, tengo otra idea entonces. Yo siempre tengo ideas, zorra..., por eso triunfo. Llama a Willard —le ordenó a su pistolero —. Voy a hacer un obsequio a nuestro amigo americano.

Jim Dawson se revolvía entre las sábanas asaltado por continuas

pesadillas.

En sus sueños inquietos veía montañas de lingotes de oro. Ingentes montañas que se balanceaban cada vez más deprisa hasta que se desplomaban pillándole debajo...

En ese instante, despertaba y maldecía.

Una y otra vez.

De pronto, en mitad de su inquietud, el sonido de un cristal al saltar en pedazos le hizo dar un brinco en la cama y quedar sentado en ella, con un doloroso latido en la cicatriz del pecho.

La cortina de la ventana se agitaba a impulsos del aire.

Saltó del lecho. Instintivamente, su mano voló en busca de la automática de Raúl Mendes, que había quedado en su poder.

Escuchó, pero no pudo oír nada allá fuera. Todo era silencio.

Había cerrado la puerta y las ventanas al acostarse, de eso estaba seguro.

Se tranquilizó un tanto al pensar que nadie había penetrado en el *bungalow*.

Pero alguien había roto un cristal, de eso no cabía duda.

Calzándose los zapatos avanzó. Los vidrios, en el suelo, se desmenuzaron bajo las suelas.

Atisbó por un lado de la ventana. Allá fuera todo era oscuridad. Nada se movía.

Con el pulgar desplazó la palanca del seguro de la pistola. Si alguien andaba jugando al escondite, iba a llevarse un susto endiablado esta vez.

Sin asomarse, abrió la ventana. Nada sucedió.

Al fin, impaciente, se arriesgó a sacar la cabeza fuera.

Nadie disparó. La noche parecía perfectamente tranquila.

Se disponía a retroceder cuando descubrió el oscuro bulto tirado en el suelo, al pie de la ventana.

Un bulto coronado de oro. Todo era oro esa noche, pensó. Las pesadillas, y ahora...

Saltó por la ventana como impulsado por un resorte. Había tenido razón: todo era oro... y sangre.

Oro en lingotes en sus pesadillas; oro en los hermosos cabellos de Sharon... y sangre en su cuerpo que ya no volvería a ondular jamás.

No pudo contener un quejido de ira. Cuando la examinó de

cerca advirtió lo que habían hecho con ella y era algo horrible, como si fuera la obra de un sádico demente...

Temblando de furor, Jim se recostó contra la pared intentando calmar su excitación.

Finalmente, regresó al interior del cuarto y se vistió.

Se movía sin prisas, como asaltado por una helada calma.

Cuando acabó, introdujo la pistola en la pretina del pantalón, salió fuera y levantando el cuerpo de Sharon echó a andar con ella en brazos.

La carga repercutía en la herida del pecho, pero no podía dejarla allí exponiendo a Carlotta a un escándalo incontrolable.

Todo el paseo de las palmeras estaba desierto. Jim se detuvo junto a un banco de hierro y madera y depositó en él el cadáver de la muchacha.

Se irguió. Actuaba como un autómatas, igual que un cuerpo sin alma animado por una misteriosa fuerza que le impulsaba a actuar sin tregua.

Quizá fuera la fuerza de la venganza.

Estuvo unos segundos mirando lo que quedaba de Sharon. Después siguió adelante sin pararse, hacia el centro donde sabía que encontraría taxis.

El primero que le salió al paso fue un «Austin», tan reducido como el otro que tomara en otra ocasión. Tras las obligadas contorsiones para acomodarse, dijo:

—Necesito consultar una dirección en una guía de teléfonos. ¿Dónde encontraríamos una a estas horas?

—En alguna taberna... pero habrá que dar un rodeo.

—No importa. Vamos allá.

Cinco minutos más tarde el coche se detuvo delante de un establecimiento de mal aspecto, concurrido sólo por negros.

Entró y salió como si hubiera rebotado. El taxista esperó instrucciones.

—Bridge Court número treinta —dijo—. No recordaba la dirección.

—Eso está bastante lejos...

—Aunque estuviera en el infierno.

El chófer aceleró bruscamente.

Durante todo el trayecto, Jim no pensó en nada concreto. Era

como si su mente flotara en una nebulosa imprecisa. Pero sabía que en el fondo de aquella sensación amorfa estaba la sangre de Sharon y un hombre.

El hombre que la había matado.

Quando el taxi se detuvo de nuevo, sacudió la cabeza como si así pudiera librarse de la pesadilla.

Sacó varios billetes. Había dólares y libras esterlinas.

—Escuche, vaya a la comisaría del muelle y pregunte por el sargento Burrows..., aquí tiene suficiente para ir allí —le entregó un puñado de dinero.

El chófer le miró, alarmado. Jim añadió:

—Dígale al sargento a dónde me ha traído... Jim Dawson. Recuérdelo: Jim Dawson. Me ha traído aquí y alguien va a morir.

Hablaba atropelladamente, en un estado hipnótico.

El chófer, asustado, balbuceó:

—¿He de decírselo así mismo?

—Justamente. Ahora, váyase.

El taxista tomó el puñado de billetes y sin contarlos siquiera salió zumbando.

Dos minutos después vio una cabina telefónica y paró con un agudo chillido de los neumáticos. Si podía evitarlo no sería él quién se presentase a la policía...

Pero daría el encargo, naturalmente.

Entró en la cabina y llamó a la comisaría del muelle.

CAPÍTULO XI

Jim no se movió de la acera durante un par de minutos.

Le parecía como si estuviera solo en el mundo, perdido en la inmensidad del odio.

Ante él había un gran jardín poblado de árboles y arbustos tropicales llenos de flores. Al fondo, apenas visible entre la vegetación, brillaba una pálida luz donde debía encontrarse la casa.

La gran verja de hierro estaba abierta.

No cabía duda que le esperaban.

Por eso le habían mandado el cadáver de la muchacha, para obligarle a actuar desenfrenadamente de modo que él mismo se pusiera en sus manos.

Bien, ahí estaba.

Atravesó la verja y se internó por el jardín. Estaba seguro que ya habían advertido su llegada, porque no hizo nada para disimularla ni ocultar la presencia del taxi.

La gravilla chirriaba bajo sus pies. En el silencio del jardín era un sonido agudo, escandaloso.

De pronto apareció la casa, grande, lujosa, con una sola ventana iluminada.

También la puerta de la casa estaba abierta. El rectángulo quedaba recortado por un tenue resplandor interior.

Cuando llegó al portal se detuvo. En la semipenumbra que había más allá vio a los dos hombres que le esperaban.

—Entre, Dawson —invitó uno de ellos con sarcasmo—. Estábamos esperándole. Sin usted, la fiesta no puede empezar.

Avanzó dos pasos más y volvió a detenerse. Los dos hombres esgrimían cuchillos, aunque ninguno de ellos hizo ademán de atacarle.

—¿Dónde está Ralson? —Gruñó.

—Esperándole también.

—Llévenme a su presencia.

—Claro, claro..., pero antes hemos de registrarle.

Había una escalera más allá de los dos hombres. Una escalinata de mármol que subía al piso superior.

Fue desde arriba que llegó la voz autoritaria:

—¡Tráiganlo, muchachos!

—Ya lo oyó. Ponga las manos sobre la cabeza y no se resista. Somos artífices del cuchillo, aunque eso ya debe saberlo por lo que ha visto esta noche.

—Así que fueron ustedes dos...

—Bueno, el patrón ayudó lo suyo —rió uno de ellos.

—¡Las manos sobre la cabeza! —gritó el otro.

Jim levantó las manos. Sólo que en la derecha empuñaba la automática y tiró del gatillo tan pronto el cañón estuvo horizontal.

Uno de los rufianes pegó un salto y se derrumbó. El otro trató de correr hacia la escalera y la bala le alcanzó a mitad de camino penetrándole por la base del cráneo.

El tipo se aplastó contra los escalones de mármol.

Los estampidos aún retumbaban por toda la casa cuando Jim comenzó a subir con absoluta calma.

Cuando el fragor de las detonaciones se extinguió se hizo un silencio absoluto en el cual sus pasos quedos eran igual que campanadas.

El rellano del piso era amplio y de él partían dos pasillos completamente oscuros.

—¡Ralson! —rugió.

No obtuvo respuesta. Podían meterle una bala sí continuaba manteniéndose al descubierto, pero los delincuentes ingleses no son muy aficionados a las armas de fuego. Jim lo sabía muy bien y hubo ocasiones en que incluso los admiró.

Ahora era diferente. No le importaba mucho la clase de armas de que dispusieran.

Avanzó por el pasillo de su derecha. Estaba a la mitad cuando en el rellano alguien echó a correr.

Alcanzó a ver a un hombre con algo blanco en la muñeca...

Disparó sin vacilar. El hombre de la muñeca rota se precipitó de cabeza escaleras abajo.

Con toda seguridad, cuando llegó al vestíbulo tenía roto algo

más que la muñeca.

Jim abrió una puerta tras otra a medida que las encontraba a su paso.

Cuando puso la mano en la quinta, dentro de la habitación sonó un estampido y la bala provocó un surtidor de astillas en la madera.

Se echó a un lado.

—¡Ralson! —gritó—. ¡Voy a matarle!

—¡Antes tiene que entrar, y yo también tengo una pistola!

—¿Por qué lo hizo?

—¿Lo de Sharon? Me traicionó. Era una zorra..., y así pensé que usted vendría aquí. No imaginé que tuviese una pistola.

—Hubiera venido incluso con las manos desnudas, hijo de perra. Lo que le hizo a la chica ni siquiera las bestias salvajes lo harían.

Oyó una breve carcajada. La puerta continuaba cerrada, con el agujero en el centro del tablero. Jim alargó la mano, dio vuelta al tirador y empujó.

La puerta giró. Dos balas salieron aullando al rebotar contra la pared del otro lado del pasillo.

—¡Falló, Ralson!

—¡Entre y verá!

Jim sentía el pecho oprimido por la angustia. Era como si le faltase la respiración. Jadeaba, pegado a la pared, increíblemente furioso.

Oyó abrirse una ventana. Podía ser una trampa para que él se precipitara en la habitación.

Pensó que estaban en un primer piso. Si Ralson quería saltar al jardín no iría muy lejos.

Entonces, rompiendo el silencio, una sirena intermitente aulló en la calle. El maldijo entre dientes porque no había contado con que la policía llegase tan pronto..., las leyes inglesas habían abolido la pena de muerte y Ralson no merecía vivir...

Oyó voces en el jardín, órdenes y carreras.

—¡Ahí tiene, Ralson, la policía! —gritó—. ¡Salte ahora por la ventana si se atreve!

El sitiado criminal dejó escapar una maldición.

Abajo, el sargento Burrows voceó:

—¡Dawson! ¿Está ahí?

—¡Seguro! Tengo a Ralson acorralado.

—¿Está armado?

—Los dos lo estamos.

—Bueno, aguarde...

Empezó a subir las escaleras refunfuñando. No debía haberle gustado la visión de los cadáveres.

Ralson se removió allá dentro, en la oscuridad.

Jim se tendió en el suelo y asomó un ojo. Rascó el marco de la puerta con la pistola y al instante su enemigo disparó a ciegas.

El vio la llama anaranjada del arma y de modo instintivo disparó una vez tras otra con un estruendo que amenazó con echar abajo las paredes.

Burrows comenzó a gritar en la escalera. Los policías, sin saber qué era lo que estaba ocurriendo, buscaron refugio en el vestíbulo.

—¡Dawson! —vociferó el sargento.

—¡Aquí!

—¿Está herido?

—No.

Pegado a la pared, el policía llegó junto a él. El también empuñaba una pistola automática, cosa que no dejó de sorprender a Jim.

—¿Está ahí dentro? —musitó el sargento.

—Sí, aunque después de este último cambio de disparos no sé si aún vive...

Burrows murmuró:

—Bueno, retroceda ahora, Dawson. Esto es asunto mío desde este momento.

—Si asoma la cabeza se la volará, sargento.

—Eso es cuenta mía. Ya hablaremos después usted y yo...

Jim le dejó su lugar, pero no se movió más allá de la espalda del policía.

Y éste dijo con voz profesional:

—¡Entréguese a la ley, Ralson! La casa está rodeada y no podrá escapar.

No hubo respuesta. Burrows aspiró aire a fondo, llenándose los pulmones.

Tras esto, dio un salto y entró en la habitación.

Jim contuvo el aliento. Esperaba oír una sarta de balazos y ver aparecer al sargento dando traspiés, herido de muerte.

No hubo nada semejante. La luz de la habitación se encendió y él asomó la cabeza con la pistola por delante.

Ralson yacía al pie de la ventana. Bajo su cuerpo comenzaba a extenderse una mancha de sangre muy grande.

El sargento suspiró.

—Le acertó usted en la oscuridad...

Un quejido de Ralson le cortó la voz. Se inclinó sobre él dándole la vuelta.

Tenía el pecho cubierto de sangre, pero aún alentaba.

—¡Ralson! —exclamó el policía—. ¿Puede oírme?

—¡El... oro...!

—¿Oro?

—Millones... oro...

Burrowsladeó la cabeza. Sus ojos estaban llenos de suspicacia.

—¿Sabe usted algo de eso, Dawson?

—Un poco...

—¡Ralson!

Pero el forajido había muerto.

El sargento se incorporó, metiendo la pistola en su funda. Alargó la mano y le arrebató la suya a Jim.

Tras darle un vistazo, gruñó:

—¿De dónde la sacó usted? No me diga que la trajo en su equipaje.

—No..., la llevaba uno de los que están abajo —mintió.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Me sorprende, Dawson. Esta pistola es rusa.

—¿Rusa?

—Me pregunto cómo llegó a poder de esos forajidos..., si realmente estaba en su poder.

El se encogió de hombros. Por primera vez se dio cuenta que estaba mortalmente cansado.

Buscó una silla, pero se detuvo antes de sentarse. Había una silla, realmente. Pero en ella, como esperando, un rollo de fina cuerda de nilón.

—Eso era para mí —gruñó—. Estaban esperándome, los malditos...

—Tiene muchas cosas para explicar, Dawson.

—Eso ya lo dijo antes.

—Empiece. Cuanto antes terminemos mejor.

—Vamos abajo..., quizá encontremos algo de beber.

—Oiga...

—Se lo contaré todo, sargento.

—¿Incluso lo de ese oro que mencionó Ralson?

—También eso.

El policía le siguió a regañadientes. Jim localizó una botella de ron y vasos. Llenó uno hasta el borde y lo bebió a pequeños sorbos.

Después, contó todo lo que sabía de aquella historia, omitiendo sólo pequeños detalles. No dijo una palabra de Raúl Mendes ni del trozo de coral, ni del posible escondite del oro. Todo lo demás lo expuso con detalle.

Burrows estaba pálido cuando terminó.

—Es una historia de locos —refunfuñó—. ¿Dónde dice que dejó el cadáver de la mujer rubia?

—En un banco del paseo. Lo hice para evitarle complicaciones a Carlotta.

—¿A quién?

—A la señora Fields, por supuesto.

—Carlotta... ¡Bueno! Volvamos a lo que interesa. Usted dice que pensaban capturarlo cuando llegara aquí, enfurecido por la impresión. Pero ¿por qué tenían un interés tan desmesurado por usted? Pudieron haberle matado y el asunto les quedaba resuelto.

—¿Y él oro?

—¿El oro? ¡Maldita sea, Dawson! Acaba de decirme que no sabe su paradero ni aproximadamente.

—Y es cierto. Pero Ralson pensaba que «sí» sabía su paradero. Desde que mataron al... mestizo, ellos creían que éste me había revelado un secreto antes de morir.

—Y yo todavía lo creo —bufó el sargento.

—Es un error. El pobre tipo sólo se quejaba, nada más.

—Esos malditos cubanos están complicándole la vida a todo el mundo en todo el Caribe. ¡Cubanos! —exclamó de pronto—. Ellos disponen de armas rusas.

—Quizá esa pistola vino de Cuba..., o le fue arrebatada a alguno de los hombres de Castro por las guerrillas que tienen lugar en las montañas...

—No me complique las cosas, Dawson. Desde que usted llegó, nuestro pequeño paraíso se ha convertido en un infierno. Más muertes violentas que en todo el tiempo que llevo en la policía. Y ahora un cargamento de oro que nadie sabe dónde está... ¿Quiere tomarme el pelo acaso?

—Algo así —replicó con voz cansada.

Burrows ocupó los siguientes quince minutos en impartir órdenes a su gente. Después regresó junto al periodista internacional.

—Ahora, veamos qué tiene preparado para justificar su comportamiento, Dawson. Su obligación era avisarme «antes» de venir usted aquí. De haberlo hecho, todos esos hombres ahora vivirían.

—Precisamente, sargento, precisamente.

Burrows se revolvió como si acabara de picarle una avispa.

—¿Qué ha dicho?

—Ustedes no tienen pena de muerte en sus leyes.

—Ya veo... Debería meterle en la cárcel.

—¿Por qué? Si lo hiciera, Carlotta no le perdonaría jamás.

—¿Quién? Oh, ya sé, la señora Fields. Pero ¿qué tiene que ver ella con todo esto?

—Sólo una cosa. Pronto se llamará Carlotta Dawson, sargento.

Echó a andar hacia la puerta antes de que Burrows encontrara voz con que replicar. Sólo cuando Jim ya había desaparecido gruñó:

—¡Que me emplumen!

Naturalmente, nadie se atrevió a emplumar al sargento, ni siquiera cuando supo que la boda era cosa hecha e inmediata...

Jim se zambulló en la piscina desde el trampolín y fue a salir, sacudiendo la cabeza, justo donde Carlotta dejaba acariciar su dorado cuerpo por los rayos del sol.

Ella ladeó la cabeza, parpadeando.

—¿Sabes qué día es hoy? —inquirió.

—No. Tampoco me interesa particularmente.

—Deberías interesarte, querido...

—¿De veras?

Hoy van a traernos la licencia matrimonial.

—Eso debiste recordármelo ayer para que hubiera balido de estampida... ¿Cuándo la traerán?

—De un momento a otro.

—Ve a vestirte. Tan pronto llegue, tú y yo nos vamos a ver al juez.

—Además, hay un aviso de llamada para ti. Tu jefe desde Los Ángeles, cariño...

—¡Al infierno con él! Me dio vacaciones.

—Dos semanas.

—Bueno...

—Hace un mes que estás aquí.

—¡Pero mandé un reportaje sensacional con todo este asunto!

—Díselo a él cuando te hable.

—Habrá que oírle, porque voy a pedirle treinta días más para nuestra luna de miel.

Ella se echó a reír.

El tílburí conducido por Mario llegó de la ciudad con un matrimonio recién llegado. Carlotta suspiró.

—Dejaré que los atienda mi sustituta —dijo en voz baja.

El salió del agua y fue a tenderse a su lado.

—Ese bikini te sienta maravillosamente, ¿sabes? —comentó.

—Me miré al espejo, amor mío. Tú me lo aconsejaste.

—Sí, la verdad es que yo...

Calló al ver aproximarse a Mario con un voluminoso paquete en la mano.

—Me dieron esto para usted, señor Dawson. En la ciudad.

—¿Sí?

Lo tomó. Era pesado y compacto.

—¿Quién se lo dio, Mario?

—Un desconocido. Dijo que era importante.

—¿Un desconocido? Esto tiene las trazas de una broma.

—¿Por qué no lo abres? —sugirió Carlotta.

—¿Y si es una bomba?

—No bromees.

El rompió los precintos y quitó el papel. Dentro había una caja de cartón.

La abrió también, apareciendo un envoltorio de paja.

—Una broma, ¿no te dije?

Ella se había incorporado. La curiosidad la dominaba.

—¡Pero quita la paja, Jim!

De entre la protección salió otra cajita más pequeña. Por su tamaño pesaba exageradamente.

—Casi una libra —rezongó él—. Si es dinamita ya puedes despedirte de todo el Albergue del Paraíso.

La abrió.

Carlotta no pudo contener un grito de estupor.

Dentro había un cegador reflejo de oro y piedras preciosas.

Incapaz de contenerse, sacó primero un collar delicadamente trabajado en oro macizo. Después una pulsera haciendo juego y tras esto un broche en el centro del cual relampagueaba una gran esmeralda.

En el fondo había unos pendientes asombrosamente bellos y una breve nota.

Que decía simplemente:

«Supe que iba a contraer matrimonio con la hermosa señorita de aquella noche. Tengo la esperanza de que este pequeño obsequio sea de su agrado y lo luzca en recuerdo de horas felices. Gracias por su silencio. Encontramos el tesoro del pirata.

»R. M.».

—¡Raúl Mendes! —exclamó Jim entre dientes.

—¿Qué quiere decir con eso del silencio?

El sonrió.

—Se refiere a mi reportaje... Aún no comprendo cómo olvidé mencionar a Raúl y la teoría del escondite del tesoro. Todo lo que dije fue que en alguna parte del Caribe había cinco millones en oro..., que quizá nadie encontraría jamás.

—Entiendo..., tienes un extraño concepto de la ética, Jim...

—Un concepto muy personal.

Estaban besándose apretadamente, ajenos a cuánto les rodeaba, cuando Mario volvió a su lado. Esta vez, traía la licencia matrimonial en regla.

Pero hubo de esperar un buen rato antes de que le hicieran caso.



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

